

En busca de la felicidad

*El inicio de una nueva vida en el Centro de
Acogida de Refugiados de Sevilla Este*

MEMORIA

Realizado por: Laura Ortiz Mora

Tutor: Dr. Antonio López Hidalgo

Índice

I.	Introducción a la necesidad del periodismo de inmersión.....	2-7
II.	Tema, interés y justificación de la crónica.....	8-10
III.	Objetivos.....	11
IV.	Metodología y fuentes.....	12-14
	IV.I Entrevistas	
V.	Estructura de la crónica.....	15
VI.	Dificultades y retos.....	16-17
VII.	Conclusiones.....	18
VIII.	Referencias bibliográficas.....	19-21

I. Introducción a la crónica de inmersión periodística

La crónica es un género que permite introducirse de lleno en un asunto determinado, o como dijo hace una década el Nobel periodista y cronista Gabriel García Márquez: “Una crónica es un cuento que es verdad” (Ethel, C., 2008, pág 39).

La palabra crónica proviene, etimológicamente, del latín “chronica”, que viene del griego “kroniká”, y éste de la palabra griega “kronos” que significa tiempo. Estas raíces llevan a la definición de crónica como el relato de un hecho siguiendo el orden cronológico del acontecimiento.

Coincidiendo con el significado etimológico de la palabra crónica, la Real Academia Española define el término como “una narración histórica en que se sigue el orden consecutivo de los acontecimientos”. A su vez, proporciona una definición parecida de la palabra inmersión: “acción de introducir o introducirse plenamente alguien en un ambiente determinado”. A estas palabras el periodista Antonio López Hidalgo añade que en el periodismo de inmersión, el periodista se introduce en un ambiente concreto, como algunas comunidades y situaciones, durante un periodo de tiempo para experimentar en su propia piel distintas vivencias y perfiles. De esta forma interactúa con los habitantes de ese microespacio con el objetivo de narrar sus experiencias desde una perspectiva personal y empática. El periodista es el que decide incorporar la ocultación de identidad o, por el contrario, mostrarla, pues bien, no es necesario la ocultación o suplantación de identidad para narrar las experiencias vivas, al margen de los estrictos límites de la objetividad (López Hidalgo y Fernández Barrero, 2013: 23). Lo que López Hidalgo quiere decir es que, en este tipo de periodismo el periodista es la propia fuente, forma parte de la historia e incluso, en ocasiones, puede influir en la realidad.

María Angulo en su libro, *Inmersiones*, recuerda que el término inmersión trata de definir el modus operandi de ciertos periodistas que, además de conocer e informar, anhelan interpretar y reproducir una determinada realidad. Un periodismo de interpretación que opera sobre la realidad para dar testimonio. Un periodismo que trata de ejercer como mediador entre la sociedad y los discursos públicos.

La narración y los testimonios se funden para crear un periodismo que pone de manifiesto la implicación del cronista, que viene a ser un narrador y partícipe directo de la acción, hasta el punto, en ocasiones, de fusionarse objeto y sujeto. La subjetividad es un valor en la crónica porque es un sujeto el que la hace, el que configura el relato de los hechos, el que los reconstruye y los cuenta, el que aporta credibilidad. La credibilidad no es la verdad, pero para cualquiera de nosotros se le acerca bastante. (Angulo Egea, 2017)

El periodismo está en crisis, las fuentes oficiales mienten, los intereses se apoderan de las fuentes fiables, las falsas informaciones y el fenómeno “exclusiva” provocan un periodismo de baja calidad. Para luchar contra esto, el periodismo necesita investigar y denunciar todo aquello que intenta ser ocultado. Planteamos la inmersión como método combativo.

Los antecedentes recaen en el periodismo de denuncia, también llamado periodismo *muckraking*, que tiene su origen en Estados Unidos durante las dos primeras décadas del siglo XX. *Muckraker* en inglés significa “removedor de basura”. Este término va dirigido a los periodistas e investigadores que publican lo que otros pretenden mantener en secreto. Se trata de un periodismo justiciero que se nutre de investigaciones para denunciar los vicios sociales y las injusticias. El término lo acuñó el presidente Roosevelt durante un discurso en 1906 donde asemeja a los periodistas que luchan contra la corrupción con el sensacionalismo de los “daltónicos morales” que solo miran al suelo y nunca al cielo del sueño americano (Bustos, J., 2016)

Un claro ejemplo de periodista *muckraker* es Upton Sinclair quien, en palabras de López Hidalgo en *Periodismo de inmersión para desenmascarar la realidad*, es uno de los autores de referencia en el ámbito del periodismo *muckraking* dado que fue un periodista atípico desde el punto de vista de las fuentes informativas ya que opta por el ocultismo para acceder a sus fuentes. Su trabajo más conocido es *The Jungle*, *La Jungla* en español. Se trata de una novela de ficción donde narra la vida de Jurgis Rudkus, un inmigrante lituano, en tercera persona. En ella, se muestra las abusivas condiciones laborales de trabajadores inmigrantes en plena explosión de la industrialización en las industrias cárnicas, la corrupción política y las extremas condiciones sociales del proletariado.

Hay autores que aseguran que Sinclair se infiltró durante siete semanas en los barrios de los mataderos de Chicago para interactuar con los trabajadores, adentrarse en sus casas, en los clubes a los que acudían, para hablar de este modo con un centenar de trabajadores,

jefes, médicos, abogados, comerciantes, entre otros, con el fin de contrastar testimonios y detalles que enriquecieran el relato (López Hidalgo y Fernández Barrero, 2013: 31-33).

Autores como Chillón que argumentan que, *The Jungle* no es una obra verídica puesto que se trata de una recreación verdadera de los hechos. Es una especie de gran reportaje novelado, un retablo no verídico pero sí verdadero construido literalmente mediante convenciones tomadas de la novela de ficción. (Sit: Chillón, 1999:153 por López Hidalgo y Fernández Barrero, 2013).

Gracias a Sinclair, Hunter S. Thompson con *Los Ángeles del Infierno*, Nellie Bly con *Diez días en un manicomio*, o Jack London con *La gente del abismo*, son otros ejemplos de los precursores del periodismo de inmersión.

López Hidalgo y Fernández Barrero advierten que el periodismo de inmersión tiene dos ramificaciones. Por un lado se encuentra el periodismo encubierto o de infiltración y el periodismo *gonzo*. El primero está basado en la ocultación de identidad, y el segundo, es aquél en el que el periodista no sólo decide ocultar o no su identidad –cuando las circunstancias lo requieran- sino que se impone como protagonista de los hechos llegando así a condicionarlos y modificarlos en ciertos momentos, con su actitud y a su antojo (López Hidalgo y Fernández Barrero, 2013: 25).

Pepe Rodríguez (1994: 139-142), en su libro *Periodismo de investigación: técnicas y estrategias*, advierte que la infiltración del propio periodista en el centro del hecho investigado es una técnica muy efectiva pero altamente arriesgada. Para llevarla a cabo, el periodista tiene que adoptar, durante un período más o menos largo de tiempo, una personalidad y/o costumbres ajenas a las que le son habituales y esconder totalmente su identidad profesional y objetivos.

Por ello hay que distinguir bien entre trabajos de participación, como el que he realizado en mi Trabajo de Fin de Grado donde no es necesaria la infiltración, y de suplantación de personalidad donde destaca la figura de Günter Wallraff.

Los trabajos de periodismo encubierto en un determinado ambiente requieren un tiempo largo de preparación y trabajo. Rodríguez destaca la importancia tres grandes bloques a seguir por el periodista antes de la infiltración. El primer paso es recabar la máxima información sobre el objetivo a infiltrar. Cuanto más mejor, de este modo prevendremos lo imprevisible. Segundo, obtener toda la ayuda y medios que se van a necesitar y de los que

se podrá disponer en realidad (seguridad). Y, tercero, reunir los aspectos necesarios para aparentar eficazmente la personalidad que posibilitará la infiltración.

Estos pasos fueron los que siguió Rodríguez para el trabajo de infiltración en la secta místico-fascista del coreano Sun Myung Moon en España. La documentación previa y la delimitación del objeto de estudio fueron claves. La documentación incluía un dossier de datos sobre la secta (su estructura, fines y métodos). Fijó la duración del objeto de estudio a tres meses (entre marzo y mayo de 1980). Los objetivos a lograr son: por un lado, investigar la vida real de los miembros de la secta, sus contactos y actividades en España; y por el otro, comprobar los diversos efectos que las técnicas de despersonalización que usaba la secta podían tener sobre un sujeto. Para ello,

“Elaboré en el apartado de seguridad, una agenda telefónica apropiada a mi nueva personalidad, con los nombres y números que podían inducir a sospecha codificados. Sabía de antemano que en la secta me la revisarían. Acto seguido, motivado específicamente por el riesgo claro que el suponía el segundo objetivo, acudí a un notario para firmar un acta de recomendaciones en la que explicaba el tipo de trabajo que iba a emprender, los riesgos que podía correr y la limitación temporal de la experiencia. En el documento dejaba establecido que, durante el plazo del trabajo quedaba anulada mi firma para cualquier acto de cesión o compromiso, a favor de la secta y/o a cualquiera de sus miembros” (Rodríguez, 1994: 139-142)

Rodríguez admite que la infiltración fue todo un éxito aunque critica que hoy en día nadie se mete en estos berenjenales para lograr una buena información.

Por todo ello, la crónica ha sido y, podríamos decir que es, el género periodístico más empleado desde sus inicios. Ha sobrevivido de diferentes formas a la era digital en la que nos encontramos, dado que se ha puesto en auge el valor de la experiencia. Se buscan nuevos canales y formas discursivas para tratar de transmitir una vivencia directa. Por un lado, la crónica en prensa escrita se basa en un producto de calidad que busca informar y entretener a su vez al lector, mientras que la crónica en televisión ha tenido una finalidad totalmente distinta. En palabras de López Hidalgo y Fernández Barrero, “el periodismo de inmersión adquiere en el medio televisivo una nueva dimensión, en la medida que ofrece una ventana al espectador desde la que contemplar con sus propios ojos las vivencias experimentadas por el periodista en su proceso de inmersión, que pasa a ser, de esta forma, una vivencia imaginada propia, aunque mediada por la retransmisión”. Además, añade que, en las últimas décadas, se ha extendido el uso del periodismo

encubierto de tal forma que algunos autores lo consideran ya un género en sí mismo, el *infoshow* con cámara oculta (López Hidalgo y Fernández Barrero, 2013: 80).

De este modo, he decidido utilizar este género para realizar mi Trabajo de Fin de Grado. El hecho de que fuese práctico y no teórico se debió a la necesidad de poner en práctica lo que considero necesario para crear un contenido de calidad periodística. Creo que la única forma de acercar a la población aquella información desconocen sobre cómo viven los residentes inmigrantes en los centros de acogida a refugiados, es realizando periodismo de inmersión. Además, es la mejor forma para poner en práctica todo lo aprendido en la Facultad y desarrollar mi verdadero instinto de periodista. En *En busca de la felicidad: el inicio de una nueva vida en el Centro de Acogida a Refugiados de Sevilla Este*, se refleja cómo es el trato humano y respetuoso que reciben los residentes por parte del equipo de trabajadores y profesionales, el funcionamiento del centro, los servicios de los que disponen los residentes y el transcurso de los días dentro del mismo.

De esta forma, la crónica de inmersión que he realizado pretende crear en el espectador curiosidad e interés por saber qué ocurre en un centro de este tipo, y que entiendan los motivos y las consecuencias por las que miles de personas han tenido que abandonar sus hogares buscando una vida mejor, a través de un lenguaje sencillo con toques literarios. La idea es conseguir que el lector no se quede solo en la lectura del titular, si no que indague, se introduzca de lleno en el relato humano y personal de una realidad abrumadora que viven miles de personas en estos momentos y, en algunos casos, erradicar con los prejuicios hacia los inmigrantes.

II. Tema, interés y justificación de la crónica

La elección del tema de mi reportaje fue un poco complicada, pues en un principio tenía claro que quería hacer un trabajo de inmersión en una de las cárceles sevillanas. Esta idea me vino tras conocer el Trabajo de Fin de Grado de mi compañera María Guidet, *Lo que no sabemos de la vida en la cárcel*. Esta obra de inmersión relata el día a día en el centro penitenciario almeriense El Acebuche, los servicios que presta, el trato que reciben los presos, entre otros. Me gustó tanto que decidí informarme sobre el tema en Sevilla. Vi que hay varias cárceles, pero me interesé por las más cercanas, que eran Sevilla 1 y Centro Penitenciario de Mujeres. La primera se encuentra en Mairena del Alcor, y se trata de un centro penitenciario masculino, que alberga unos 1.200 reos. La segunda es un centro femenino y se encuentra en Alcalá de Guadaíra. Me puse en contacto con María Guidet, para que me comentase cuál era el procedimiento que había que seguir para conseguir el permiso para entrar en la cárcel. El problema vino cuando los centros se mostraron reacios a colaborar. No querían que ningún estudiante realizara un trabajo sobre su centro. Algo querían ocultar, o eso me decía mi instinto de periodista. Realicé llamadas telefónicas casi a diario con los centros para conseguir hablar con los directores pertinentes, pero no hubo respuesta.

Al ver que el tiempo se me venía encima, mi tutor, Antonio López Hidalgo, me recomendó que investigara sobre el Centro de Acogida a Refugiados. En un principio, el tema no me llamó la atención, puesto que tenía en mente el de la cárcel, sin embargo cuando comencé a investigar y a documentarme, vi que podía ser un tema bastante interesante. Al parecer aparecen en los medios de comunicación a diario noticias de llegadas en patera de cientos de inmigrantes a nuestras costas españolas, fue entonces cuando recordé la fotografía, en 2015, del cuerpo sin vida del pequeño Aylan en una playa de Turquía. Este hecho despertó en mí la curiosidad por saber por qué huyen de sus países de origen y cuál sería su futuro en España.

Desde pequeña siempre he dicho que me gusta el periodismo social. Me apasionan los temas tabú de los que apenas se suele hablar, y creo que son los más necesarios de comunicar. Temas como la marginación social, las injusticias, asesinatos, o simplemente realidades obviadas por el resto de personas.

Fue entonces cuando empecé a indagar en artículos de derecho internacional para conocer la legislación en la que se rigen las personas migrantes pero como era bastante confusa, contacté con un abogado y profesor, Juan Carlos Gil, para que me explicase todas esas leyes. Una vez aclarado este punto, ahondé en internet y descubrí numerosas organizaciones y entidades que defendían y prestaban ayuda a este colectivo. Leyendo un informe anual sobre inmigrantes de la plataforma CEAR (Comisión Española de Ayuda al Refugiado), fue cuando descubrí el Centro de Acogida a Refugiados que se encontraba en Sevilla Este. No tenía página web, pero era muy conocido por todas las entidades. Estos son algunos de los datos más interesantes del Informe Anual del año anterior (2017) sobre los inmigrantes refugiados en España y en Europa:

- En 2016, un total de casi setenta millones de personas han tenido que abandonar sus hogares a consecuencia de las guerras, la violencia y la persecución.
- Después de siete años de conflicto, Siria es uno de los países que más emigrantes tiene, llegando a mirar casi dos tercios de su población a países como Turquía, Líbano y Jordania.
- Tras el trágico naufragio del 20 de abril de 2016, donde perdieron la vida más de 500 personas, sumado al impacto global que causó la fotografía de la muerte de Aylan, la Unión Europea se propuso reubicar a un total de 160.000 solicitantes de asilo, y acoger a 22.504 refugiados. El plazo límite marcado fue septiembre de 2017.
- En abril de 2017, la Unión Europea sólo consiguió acoger al 25% de las 160.000 personas que se comprometieron a reubicar.
- En 2017, 31.120 personas solicitaron protección internacional en España. De ellas, el Gobierno concedió el estatuto de refugiado a 595 personas.
- En 2016, 15.755 personas solicitaron asilo en España, alcanzando la cifra más elevada de la historia. Pero, en comparación con las 745.265 de Alemania, las 123.370 de Italia o las 83.485 de Francia, la cifra se convierte en diminuta.

Tras estos datos considerados de gran interés, nos encontramos con la triste realidad que padecen cientos de personas que residen en el Centro de Sevilla Este. He de destacar que

el trabajo práctico que he realizado es una obra basada en las experiencias que he vivido en primera persona. Una creación propia donde la principal fuente recae en mi propia persona.

III. Objetivos

El principal objetivo de esta crónica de inmersión es dar a conocer el funcionamiento, los servicios que presta y cómo es el día a día de un residente en el Centro de Acogida a Refugiados de Sevilla Este.

El motivo principal que impulsa este trabajo es conocer de primera mano los interrogantes que nos suceden cuando hablamos sobre refugiados y sobre su futuro. Saber cuál es el procedimiento por el que atraviesa una persona que solicita asilo hasta que se lo otorgan o deniegan, y sus consecuencias. Conocer de primera mano algunos testimonios de personas inmigrantes, su historia y su vida.

Comprobar el cumplimiento del programa de actividades destinadas al refugiado y de todos los servicios que presta el centro, como se estipula en los documentos oficiales de la administración del centro.

Investigar si la persona residente se encuentra correctamente protegida y amparada por los Derechos Humanos o los derechos fundamentales que recoge la Constitución Española.

IV. Metodología y fuentes

La metodología seguida para la elaboración de esta crónica ha constado de varias partes.

La documentación ha sido la primera tarea que realicé para la puesta en marcha de mi trabajo. He de destacar, que ésta no ha cesado durante toda la crónica. La documentación ha constado de libros sobre la crónica, el periodismo de inmersión y los géneros periodísticos en general, para conocer y diferenciar un género de otro. Además de artículos e informes de las organizaciones humanitarias como ACNUR, CEAR, Cruz Roja, Médicos sin Fronteras, entre otras. He consultado también para la redacción los manuales de estilo de El País y el Mundo y diversos artículos de periodistas y autores.

Además hice una búsqueda exhaustiva en la prensa y televisión para ver que se hablaba sobre los refugiados y sobre el centro en nuestro país. Esto me sirvió para familiarizarme con el tema y conocer sus puntos fuertes y débiles. Aunque he de destacar que la mayoría de información ha sido contestada y aportada por Christian Bohóquez, responsable de área del Centro de Acogida de Sevilla Este.

En cuanto a legislación, consulté la Ley de Asilo y Protección Subsidiaria recogida en el artículo 12 de la Constitución Española. Así como la Ley de Extranjería (Ley Orgánica 4/2000) sobre los derechos y libertades de los extranjeros en España.

Consideré La Convención de Ginebra de 1951 de Naciones Unidas como un documento esencial para conocer con exactitud a que nos referimos con la palabra “refugiado”. De esta lectura extraje las condiciones que debe tener cada persona para ser considerada refugiada, además de los derechos y obligaciones que les amparan.

Junto con el texto, he incluido un total de 35 fotografías tomadas por mí misma para dar contenido y veracidad al escrito. Además, tengo que agradecer a Gustavo Bermúdez, residente entrevistado, que me cedió fotografías personales de su negocio en Venezuela, y de actividades que realizan en el CAR.

IV.I Entrevistas

Tras realizar mi labor de documentación, llegó la hora de ponerme hacer el trabajo de campo y acudir al centro. Fui durante cuatro días interrumpidamente. Allí me esperaba Christian Bohórquez que es el responsable de Área del Centro de Acogida. Al parecer en esos momentos no contaban con un director o directora que me pudiese atender, pero no hubo problema porque el responsable de Área lleva trabajando en el centro desde hace diez años, con lo cual lo conoce a la perfección. Sus conocimientos de Psicología me ayudaron a conocer y empatizar cómo se vive el día a día en un centro de este tipo. Su función como responsable del Área Asistencial y Residencial recae en la coordinación de un equipo de atención social, donde desarrollan un itinerario de integración desde que una persona inmigrante entra hasta que sale. La primera conversación que tuvimos duró en torno a dos horas, tiempo en el que respondió a mis preguntas sobre protocolo en el centro, legislación y experiencias personales suyas, además me dio un paseo por el centro para enseñármelo.

El segundo día, entrevisté a dos refugiados. El primero se llamaba Gustavo Bermúdez procedía de Venezuela. En este testimonio Gustavo contó su propia historia, lo que le ocurrió para tener que emigrar y cómo lo hizo. Sus vivencias y el día a día en el centro. Con esto buscaba conocer de primera mano lo que piensan los propios residentes. La entrevista duró una hora y media. La segunda no fue del todo fructífera como la primera, el chico, Mohhamed Kaddame procedente de Argelia no sabía hablar español, con lo cual la conversación no duró más de media hora. En ella dio aportes personales sobre su vivencia en el centro y en su país.

El tercer día entrevisté a Ángel Cazorla, el gobernador de Área de Servicios del centro. Es el responsable de todo lo que tenga que ver con el alojamiento y la manutención de los residentes, desde la organización de las habitaciones, el comedor, hasta los productos de limpieza. Es él quien me aportó información más servicial del centro como el tipo de alojamiento, y la distribución del mismo. Así como, horarios de comedor y el menú. La conversación duró casi dos horas haciendo un recorrido por las instalaciones del centro.

De nuevo volví a entrevistar a un residente de El Salvador, tenía 24 años y se llamaba Christian Vladimir. Christian me aportó su testimonio acerca de su vida en su país, así como su etapa de adaptación en España. Gracias a él pude conocer muy de cerca la

violencia a causa de la extorsión que sufren millones de personas en Latinoamérica. Aportó conocimiento sobre las maras y sobre la corrupción policial existente.

Para finalizar entreviste al médico del centro quien me explicó el plan de actuación que se pone en marcha cuando un refugiado antes y después de ingresar en el centro. Además, comenta la situación actual de alarmismo que hay en el centro a causa de la llegada de un inmigrante infectado del barco *Aquarius*.

A parte entrevisté a un chico residente recién llegado de Camerún que no hablaba bien español. Este testimonio aporta datos personales desinteresados de cómo es la vida en el centro. En el cuerpo de la crónica únicamente se relatan tres testimonios por decisión mía propia, la autora. Aunque todas las historias son interesantes, esta última aportaba menos aspectos de interés que las demás.

V. Estructura y composición de la crónica

Este trabajo corresponde a una crónica, elaborada en su totalidad por la autora, que pertenece al género periodístico de inmersión. Es un texto largo –de más de 80 páginas-, con amplia documentación.

Al tratarse de una crónica de inmersión los hechos están narrados en primera persona, de forma cronológica. La composición de la crónica está dividida por días, desde el primera vez que acudí al centro hasta la tercera y última. Consta de diversos elementos gráficos que amenizan y apoyan al texto. La mayoría de ellas son fotografías a espacios vacíos dado que no podía fotografiar a nadie sin su previo consentimiento. Aunque he de destacar que algunas de ellas, en las que aparecen personas no solicité permiso previo.

En cuanto a la redacción, como ya he dicho anteriormente, he optado por la primera persona para acercar aún más el tema al lector. Esto es válido en el género crónica, al igual que la interpretación y la estética literaria, que son unos de los elementos claves que caracterizan ésta obra. El enfoque humano ha estado muy presente en mi obra dado que he incluido testimonios reales de residentes. Los responsables del centro han sido quienes han guiado mi crónica a través de sus declaraciones. De tal modo que, opté por narrar la crónica en forma de historia dividiéndola por capítulos temáticos con el fin de agilizar la lectura y darle un toque de emoción.

Posteriormente, se continúa exponiendo información sobre la labor de organización y puesta en funcionamiento del centro. Para ello, se aportan datos reales, historias, anécdotas y vivencias contadas por los trabajadores del centro. Con todo ello he buscado no “aburrir” al lector y dar una perspectiva más cercana sobre el centro.

Por último, la crónica finaliza con una entrevista al médico del centro donde expone la situación actual de alarmismo que presentan los residentes del centro al percatarse de la llegada de un inmigrante infectado, puesto que portaba mascarilla, del barco *Aquarius* al centro. Con esto se consigue dejar al lector con la intriga de saber qué ha ocurrido con el chico infectado.

VI. Dificultades y retos

El hecho de realizar periodismo de inmersión con lleva dificultades a la hora de conseguir los objetivos que planteas inicialmente.

En primer lugar, uno de los problemas que tuve fue el tiempo de demora que perdí barajando la posibilidad de realizar mi Trabajo de Fin de Grado sobre un Centro Penitenciario de Sevilla. Estuve dos meses realizando llamadas a diario para conseguir hablar con los directores o responsables de todas las cárceles de la ciudad hispalense sin lograr resultados. Tuve un vacío de tiempo en el cual, me dediqué a buscar más temas y alternativas.

Una vez aclarado el tema del que iba a tratar la crónica, otra de las grandes limitaciones con las que me topé fue la falta de coordinación con el responsable de Área, Christian Bohórquez, para poner fecha de inicio al trabajo de campo. La crónica estaba estipulada para mayo de 2018, pero entre los viajes por asunto de trabajo de Christian, sus vacaciones, y yo que me encontraba realizando las Prácticas en Empresas en horario de mañana, nos fue imposible concretar una fecha de inicio hasta junio del mismo año.

Por otro lado, fue un contratiempo considerable disponer escasamente de dos o tres horas al día para realizar la inmersión. Christian me explicó que no disponía demasiado tiempo para atenderme y que el resto de trabajadores del centro estaban en la misma situación, con lo cual tuve que fraccionar la inmersión en cuatro días.

Al mismo tiempo, tuve el inconveniente de no poder realizar fotografías a personas sin su consentimiento. Bohórquez me explicó que las personas refugiadas están protegidas en el marco legal internacional, con lo cual tenía que pedir un permiso previo por escrito donde la persona fotografiada me diese el consentimiento de usar su imagen para fines académicos. Lo mismo ocurrió cuando me disponía a fotografiar espacios, no podía haber nadie en ellos. Esta condición ha provocado que la crónica, en algunas ocasiones, carezca de vida.

Otro contratiempo importante que tuve fue el idioma. La mayoría de los residentes no sabían hablar español, con lo cual me limitaba mucho. Sólo podía entrevistar a personas que hablasen español y, en ese momento había muy pocos residentes hispanoparlantes en el centro. Me hubiera gustado contar con la ayuda de un traductor, porque había personas

a las que entrevisté que tenían testimonios muy interesantes y que no sabían bien comunicarse.

No obstante, pensé que me iba a sentir incómoda durante la inmersión, por tratar con personas inmigrantes, que no conocen nuestro idioma ni cultura y que han tenido que atravesar por situaciones muy duras en sus vidas. Creí que iba a ser un trabajo frío y distante, pero me equivoqué. Tuve la sensación constante de haber sido muy bien recibida desde el momento en que entré en el centro. Tanto los trabajadores como los residentes del Centro de Acogida fueron muy amables conmigo y me facilitaron bastante la inmersión. Residentes y trabajadores me agradecieron el interés que tuve en dar voz a este colectivo que muchas veces pasa desapercibido para la sociedad.

VII. Conclusiones

No hay nada que me complazca más que saber que éste trabajo periodístico logre concienciar a la ciudadanía de la realidad por las que millones de personas en el mundo atraviesan a diario, huyendo de guerras, bombardeos, extorsión y asesinatos. Al menos, que el mensaje de paz y solidaridad cale en una persona y dejen de ver a los inmigrantes como una amenaza que vienen a robarles el trabajo. Que sirva para mejorar la visión de ellos y que puedan revivir, a través de la lectura, lo que yo viví durante mi inmersión en “la casa grande” como le gusta llamar al centro Ángel Cazorla, gobernante del área de servicios.

La crónica es un género que me ha abierto muchas puertas, ha encajado a la perfección con la temática que he escogido. Es un género que me ha permitido adentrarme y conocer más de cerca las vivencias del centro y, de este modo plasmarlo de la forma más natural posible. “En busca de la felicidad” no sólo me ha hecho aprender muchas cosas que no sabía sobre el tema, sino que además, me ha ayudado a desenvolverme como una verdadera periodista. Me he sentido refugiada, me he puesto en la piel de esas personas que sufren en silencio las barbaries de la guerra y la violencia. He escuchado sus historias y sus testimonios, que cuanto menos son estremecedores y aun así sacan fuerzas para mirar con alegría y esperanza el futuro. Ellos, los inmigrantes, me han hecho comprender que lo que realmente vale la pena, es lo inmaterial. Tener salud, una cama caliente, comida y una familia que te arroje. Lo demás, sobra.

La vida en el Centro de Acogida a Refugiados de Sevilla Este es totalmente diferente a la concepción que tenía antes de entrar. Pensé que se trataba de un centro donde los residentes no podían salir, como una especie de cárcel. Pero nada más lejos de la realidad, allí se respira amor, paz y ternura. Todos los trabajadores son personas amables que intentan cada día hacer la estancia del residente lo más amena posible. Que se sientan queridos y amados. O al menos, esa fue la sensación que yo me llevé.

VIII. Referencias bibliográficas

∞ Libros

Fernández Barrero, M. Ángeles y López Hidalgo, Antonio (2013): *Periodismo de inmersión para desenmascarar la realidad*. Comunicación social, ediciones y publicaciones, Salamanca.

Angulo Egea, María (2017): *Inmersiones. Crónica de viajes y periodismo encubierto*. Periodismo activo. Universidad de Barcelona, Barcelona.

López Hidalgo, Antonio (2002): *Géneros periodísticos complementarios. Una aproximación crítica los formatos del periodismo visual*. Comunicación social, ediciones y publicaciones, Sevilla.

Rodríguez, Pepe (1994): *Periodismo de investigación: Técnicas y estrategias de investigación*. Ediciones Paidós, Bacerlona.

Informe Anual 2017 de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR): Las personas refugiadas en España y Europa (2017). [Internet] Disponible en: <https://www.cear.es/wp-content/uploads/2017/06/Informe-Anual-CEAR-2017.pdf>

∞ Artículos de periodismo de inmersión

ETHEL, Carolina, 2008. Notas de un encuentro de cronistas: Las crónicas amenazan con reconquistar lectores. En: *CHASQUI*. nº 103, pp. 38-40.

∞ Medios de comunicación

BUSTOS, Jorge (2016). Muckrakers. Orígenes del periodismo de denuncia. *EL CULTURAL*. [Internet] Disponible en: <https://www.elcultural.com/revista/letras/Muckrakers-Origenes-del-periodismo-de-denuncia/37569> [Fecha de acceso: 23-08-2018]

LUNA, José A. (2015). Reportajes de inmersión que revolucionaron el periodismo. *Hipertextual*. [Internet] Disponible en: <https://hipertextual.com/2015/05/reportajes-de-inmersion> [Fecha de acceso: 25-08-2018]

ETHEL, Carolina (2008). La invención de la realidad. *El País*. [Internet] Disponible en: https://elpais.com/diario/2008/07/12/babelia/1215819552_850215.html [Fecha de acceso: 25-08-2018]

JIMÉNEZ, Juan Ramón (2018). Muckrakers, periodismo de investigación. *Voces del periodista*. [Internet] Disponible en: <http://www.vocesdelperiodista.com.mx/edicion-366/5002-muckrakers-periodismo-de-investigacion.html> [Fecha de acceso: 25-08-2018]

ANDALUCÍA INFORMACIÓN (2018). Cuatro millones de niños refugiados carecen de acceso a la educación. *Andalucía Información*. [Internet] Disponible en: <https://andaluciainformacion.es/sevilla/772649/cuatro-millones-de-ninos-refugiados-carecen-de-acceso-a-la-educacion/> [Fecha de acceso: 01-09-2018]

GROSSO, Nieves G. (2017). Sevilla, ciudad de acogida. *El Correo de Andalucía*. [Internet] Disponible en: <http://elcorreoweb.es/sevilla/sevilla-ciudad-de-acogida-HH2696328> [Fecha de acceso: 27-06-2018]

RUIZ, Gumersindo (2018). Venezuela, refugiados sin guerra. *Diario de Sevilla*. [Internet] Disponible en: https://www.diariodesevilla.es/opinion/analisis/Venezuela-refugiados-guerra_0_1276972297.html [Fecha de acceso: 01-09-2018]

EUROPA PRESS (2018). Cruz Roja Española en Andalucía conmemora el Día Mundial del Refugiado con un amplio programa de actividades. *La Vanguardia*. [Internet] Disponible en: <https://www.lavanguardia.com/local/sevilla/20180620/45286523417/cruz-roja-espanola-en-andalucia-conmemora-el-dia-mundial-del-refugiado-con-un-amplio-programa-de-actividades.html> [Fecha de acceso: 03-08-2018]

⌘ Legislación

Convención de Ginebra: Convención del 28 de julio de 1951 sobre el Estatuto de los Refugiados. [Internet] Disponible en: <http://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/BDL/2001/0005.pdf?file=fileadmin/Documentos/BDL/2001/0005> [Fecha de acceso: 03-04-2018]

Ley de Asilo derogada 5/1984, de 26 de marzo, reguladora del derecho de asilo y de la condición de refugiado. [Internet] Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1985-6293> [Fecha de acceso: 03-04-2018]

Ley de Asilo 12/2009, de 30 de octubre, reguladora del derecho de asilo y de la protección subsidiaria. . [Internet] Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-2009-17242> [Fecha de acceso: 03-04-2018]

Directiva de Acogida 2013/33/UE del Parlamento Europeo y del Consejo, de 26 de junio de 2013, por la que se aprueban normas para la acogida de los solicitantes de protección internacional. [Internet] Disponible en: <https://eur-lex.europa.eu/legal-content/es/TXT/?uri=CELEX%3A32013L0033> [Fecha de acceso: 03-04-2018]

En busca de la felicidad

*El inicio de una nueva vida en el Centro
de Acogida de Refugiados de Sevilla Este*

Por Laura Ortiz Mora

Miedo, temor, desconfianza y desesperación. Actualmente hay más de treinta mil personas que piden auxilio, de las cuales sólo el 35% consigue el status de refugiado. Más que miedo, valentía, dejar toda una vida atrás, la familia, los amigos, el hogar. Coger una maleta y llenarla de esperanza por encontrar un lugar donde poder vivir en paz, sin secuestros, asesinatos y extorsión. Sin que el ejército bombardee hospitales, casas y colegios. Sin que el hambre y las enfermedades se apoderen de los más pequeños. Una vida colmada de amor, paz y felicidad.

Con este fin se creó El Centro de Acogida a Refugiados de Sevilla Este el cual tiene una capacidad de 120 inmigrantes. Un lugar donde ponen a su disposición durante seis meses no sólo una cama donde dormir y comida caliente, sino una formación para encontrar trabajo de cara al futuro. Una casa grande donde inmigrantes de cualquier esquina del mundo tienen un mismo objetivo: encontrar otro hogar.

Tiene 24 años y se llama Christian, desconoce su futuro pero reconoce su pasado. Viene desde El Salvador huyendo de la extorsión y la violencia que cada día sufren miles de personas a causa de las maras. En él imperan dos pandillas criminales que se encuentran enfrentadas, la Mara Salvatrucha, conocida como la MS-13 y Barrio 18. Ambas se encargan de crear terror y de hacer la vida imposible a los salvadoreños que allí residen.

Christian tenía un pequeño negocio, una panadería, que daba trabajo a toda su familia. Todas las semanas, un grupo de pandilleros de la MS-13 tocaban a la puerta del negocio pidiendo 50 dólares a cambio de poder seguir trabajando en paz. El negocio no generaba muchos beneficios, con lo cual no podían pagar la extorsión. Sin mayor miramiento la pandilla secuestró uno por uno a cuatro de sus familiares pidiendo cantidades desorbitadas de dinero a cambio de sus vidas. Los maltrataron y torturaron hasta la muerte. Tres de ellos eran menores. Christian dejó sus estudios de Ingeniería de Sistemas y se vino a España sobrevolando 8.607 kilómetros para poder vivir sin temor a ser asesinado.

Pero él no es el único, Gustavo huyó de Venezuela con su mujer embarazada, con una mochila y unos cuantos dólares; Mohammed recorrió 783 millas en patera desde Argelia junto con algunos de sus compañeros; y así los 120 refugiados que hay en el Centro de Acogida a Refugiados de Sevilla Este. Diferentes nacionalidades unidas bajo la necesidad de protección. Todos caminan bajo un mismo objetivo, conseguir vivir en paz, alejados de persecuciones, guerras y asesinatos. Vivir en un lugar donde sus hijos puedan crecer sin violencia y donde la palabra libertad cobre realmente sentido.

Cada vez son más las personas que piden auxilio. El año pasado pidieron protección internacional un total de 31.120 personas, de las cuales sólo el 35% consiguió el status de refugiado, mientras que se le rechazó la solicitud al 65% restante. La buena noticia es que desde 2015 hasta diciembre del año pasado, alrededor de 12.000 refugiados y solicitantes de asilo recibieron las ayudas del sistema nacional de acogida en Sevilla.

En el centro de acogida del barrio sevillano de Sevilla Este han convivido unas 30 nacionalidades a la vez. Aunque la mayoría son sirios, también hay venezolanos, ucranianos y colombianos. En él se garantiza alojamiento, manutención, asistencia jurídica, psicológica y atención social durante 6 meses. A partir de ahí, organizaciones como ACNUR, Cruz Roja o CEAR se encargan de facilitarles una vivienda provisional hasta que encuentren trabajo.

DÍA UNO, DEL MIEDO AL AMOR EN UN SOLO PASO

Apenas eran las diez de la mañana del viernes 22 de Junio, y Sevilla ya alcanzaba los 26 grados. El tráfico era abundante en el barrio conocido como Sevilla Este. Los vecinos y vecinas deambulaban por las calles con bolsas de la compra en las manos. Los abuelos sacaban a pasear a sus perros. Todo parecía de lo más normal, salvo que me dirigía a un lugar que cuanto menos despertaba en mí curiosidad.

Me sentía extraña montada en aquel autobús urbano, el GPS era mi fiel aliado en aquel momento puesto que no sabía en qué parada debía bajarme. Una voz femenina dentro del autobús sonó: “Alcalde Luis de Uruñuela Puerta Este”. Corriendo cogí mi mochila, mi cámara y bajé del autobús a toda prisa.

Me armé de valor y seguí las indicaciones de mi móvil. El GPS me condujo hasta la Plaza de la Acogida, que tenía pinta de todo menos de plaza. No sé si eran los nervios que me jugaban una mala pasada, o era el calor que hacía, pero un sudor frío recorría mi cuerpo. Había investigado sobre inmigración, sobre los refugiados, me había hecho la idea de a dónde iba, pero nada comparado con la realidad. Porque, claro, las personas a las que iba a entrevistar tenían un pasado turbio que no es agradable para nadie recordarlo y mucho menos contárselo a una chica desconocida.

No era plato de buen gusto para nadie y menos para mí. En ese momento me hice mil preguntas: ¿por dónde empiezo?, ¿qué puedo preguntarle a una persona para no dañar sus sentimientos?, ¿hablarán español?, ¿será cierto eso que dicen que tienen la libertad reducida?

El reloj marcaba las once menos cuarto de la mañana, faltaban escasamente quince minutos para que me recibiera Christian Bohórquez, responsable de Área de Centro de Acogida, y allí estaba yo frente a ese edificio alargado de color blanco y albero, con un portón grande de cristal en el centro. Ondeaban las banderas de Andalucía, España y Europa.



FACHADA DEL CENTRO.- Estaba pintada en color blanco y albero. Del portón de cristal salía un enorme arco construido con ladrillo y de él unas líneas del mismo material. Me dio la impresión de que buscaban imitar al sol con sus rayos de luz.

En la puerta había un chico y una chica. El chico debía ser suramericano, y la chica, tenía pinta de ser española. Me puse nerviosa, subí las escaleras rápido y entré.

El vestíbulo era muy grande y espacioso, estaba lleno de gente. Parecía la sala de espera del consultorio de mi pueblo (Gerena, Sevilla) aunque eso sí, era precioso. Siempre he pensado que las personas refugiadas eran en su mayoría sirios y subsaharianos, me los imaginaba delgados, desnutridos y apenados pero me equivocaba. En aquel pasillo se respiraba alegría, amor y felicidad. No parecía que fuesen de nacionalidades diferentes, el buen rollo se percibía desde lejos. Niños corriendo, un argelino leyendo una novela de Agatha Christie, un colombiano y un marroquí charlaban mientras se tomaban un café, la limpiadora se echaba unas risas con un guineano que no entendía español. Y no era de extrañar, la señora de la limpieza era una mujer bajita y entradita en carnes que ni yo misma entendía lo que decía porque tenía una voz muy desgarrada, como si tuviese un problema en las cuerdas vocales.



VESTÍBULO.- El recibidor del centro es un espacio muy luminoso gracias a las ventanas que dan para la calle. La recepción es una especie de pecera con una ventanilla. En la imagen se aprecia a Christian Bohórquez, responsable de Área del centro, junto con Enmanuel Kaddour y Catherine con su hijo Luciano en el carrito, todos ellos residentes del centro.

La verdad es que me tranquilizó ver la buena energía que transmitían. Durante unos segundos me quedé embobada observando el vestíbulo y me llamó la atención la cantidad de murales y fotografías que tienen colgados en las paredes, todos estaban hechos artesanalmente por los niños y niñas del centro, era precioso.

Me acerqué al mostrador de recepción que había justo en frente de la puerta de entrada, ahí estaba Antonio Reposo, un señor de complexión delgada, de unos cincuenta años de edad, con el pelo canoso y arrugas en la cara. Estaba encerrado en una especie de pecera de no más de dos metros cuadrados. Parecía muy simpático y dicharachero, y no me equivocaba.

-¿En qué te puedo ayudar, guapa?- me dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Me dijo que apuntase mi nombre y mi DNI en el papel que me facilitó y que me sentase a esperar a mi citado. Mientras aguardaba, entró una familia marroquí compuesta por cinco miembros.

Por cómo vestían intuí que procedían de Marruecos. La mujer más mayor, que supuse que era la madre, vestía la *hiyab* de color azul y un vestido en tonos azules y rosas. La señora de unos cuarenta y tantos años, de estatura bajita, o eso daba la impresión, en comparación con su marido que parecía un jugador de baloncesto. De su mano iba agarrada una niña pequeña de no más de seis años de edad que no llevaba la *hiyab*. Era guapísima, tenía el pelo largo y rizado y vestía con una camiseta de *Peppa Pig*. A su lado iba su hermana mayor, de unos diez años con la que iba riendo. El señor que les acompañaba parecía un tipo serio, “musulmán seguro”, pensé. Tenía barba y era muy moreno de piel. Debía de medir al menos dos metros. De su mano iba agarrado el hijo varón de la familia. Me quedé observando cada detalle, gesto o movimiento que hacían, no sé por qué pero aquel señor barbudo no me transmitía mucha confianza. La mujer que se dio cuenta que les estaba observando, me miró y sonrió. Aquel gesto me tranquilizó y me sacó una sonrisa.

En lo que yo los observaba perderse entre los pasillos, me llamó Antonio, el recepcionista.

-Laura, cariño, ya puedes pasar al despacho de Christian.

La puerta estaba abierta, aun así pedí permiso para entrar. Christian se levantó de su asiento para recibirme y darme dos besos. Me dijo que tomara asiento y que me acomodara. Estuvimos casi una hora charlando, porque más que una entrevista me pareció una conversación entre conocidos.

Si te parece, ¿damos un paseo por el centro y así te lo enseño? –preguntó con un tono sonriente.

-¡Claro! Me encantaría, ¿podría hacer fotos? –pregunté entusiasmada por usar mi cámara nueva.

-Lo siento pero sólo puedes hacer fotos a espacios vacíos, no puede salir nadie en ellas - me respondió con un tono más serio.

Esa contestación me dejó un poco fuera de juego, aunque en realidad conocía las condiciones y sabía que las personas refugiadas que se encuentran en el centro están protegidas por la Constitución Española y por la Declaración Universal de los Derechos

Humanos, en la Convención de Ginebra de 1951. Son personas que son perseguidas en sus países de origen por motivos de raza, religión, nacionalidad, opinión política o pertenencia a un determinado grupo social, llegando a poner sus vidas en peligro. Por ello, cuando llegan al país de destino, hay quienes, por temor, deciden ocultar su identidad, y sólo se puede fotografiar a alguien con un previo consentimiento por escrito.

Por tanto decidí dejar la cámara y todas mis pertenencias en el despacho. Christian era un tipo más bien bajito y simpático. Dudo que tuviera más de treinta y cinco años, aunque el llevar rasurada la barba influye mucho en el cálculo de edad. Tenía el pelo rizado y un tanto despeinado, y llevaba las gafas de ver más cuadradas que he visto en mi vida. Más que el responsable del área de servicios parecía el director del centro, todo el mundo le buscaba para hablar con él. Nunca he dudado de su amabilidad al menos por las conversaciones que hemos mantenido por correo electrónico. Que un responsable de área con tanto trabajo a su espalda se preste a perder un poco de su limitado tiempo libre para atender a una chica desconocida que quiere hacer un trabajo sobre el centro donde trabaja es cuanto menos admirable.

Mientras charlábamos, su teléfono sonó un par de veces, y la puerta otras tantas. Ante tal situación desesperante, Christian siempre respondía con una sonrisa y mucha amabilidad fuera quien fuere. Y eso es algo que me impresionó mucho, nunca pedía los papeles. Ahora ya me sentía como en casa.

UN CENTRO CON TODO LUJO DE DETALLES

El primer sitio que visitamos fue la sala de televisión. Ésta se encuentra justo en frente de su despacho y está repleta de sillas colocadas en dos filas mirando hacia la pared donde había colgada una televisión. La habitación parecía un pasillo más ancho de lo normal, pero un pasillo a fin de cuentas. Eso sí, el otro extremo de la pared estaba decorado con casi una treintena de láminas fotográficas. Eran retratos de mujeres, hombres, niños que habían vivido su etapa como refugiados en el centro. Mientras Christian me explicaba que esa habitación se usaba para ver la televisión, y que disponía de horarios, yo me quedé embobada mirando los cuadros.

Había uno que llamó mi atención. Se trataba de un chico de unos dieciséis o diecisiete años, estaba en el patio del centro y se cubría la cara con un arma. Esa foto me hizo

reflexionar sobre la vida, sobre la condición humana, y sobre las injusticias. Justo al lado, había un retrato de un diario. En la hoja izquierda había escrito un texto en letras árabes, en la hoja derecha una fotografía de dos chicas, probablemente fueran la madre junto a su hija. Nada me hubiese gustado más en ese momento que saber lo que ponía en esa página. Aunque, probablemente, no fuera más que una triste carta de despedida.

Esa habitación era fascinante, pero lo era aún más cuando la habitaban los más pequeños del centro para ver los dibujos animados. Eran las doce de la mañana cuando entraron dos pequeños y se sentaron en las sillas más cercanas a la televisión porque estaban echando su serie de dibujos preferida: *Doraemon*.



SALA DE TELEVISIÓN.- En ella todos los residentes del centro disponen de un horario para poder disfrutar del servicio. En verano, en horario de mañana, la usan los más pequeños. Durante el medio día es el turno de las mujeres, para que puedan ver la telenovela. Y, por la tarde, el de los hombres.



DETALLE DE LOS RETRATOS QUE HAY EXPUESTOS EN LA SALA DE TELEVISIÓN DEL CENTRO.- En ellos aparecen antiguos residentes. Se trata de una exposición fotográfica con más de una veintena de retratos donde se busca mostrar el lado humano de los residentes.

-Ven, sígueme, vamos a la clase de lengua –insistió Christian.

Los pasillos eran muy luminosos, había ventanales enormes que daban a una zona ajardinada del centro. Me asomé por aquel ventanal y vi otro edificio. Miré a los lados y comprendí que ambos edificios estaban conectados por un pasillo que hacía de puente. El espacio sobrante estaba ocupado por vegetación, había plantados árboles, macetas con flores y el resto era césped. Un sitio precioso que trasmite mucha paz.

Seguimos recto y giramos a la derecha por un pasillo un tanto estrecho, ya que en él había unas estanterías llenas de libros. Llegamos a la sala donde los refugiados aprendían español. Había dos clases, la de la izquierda tenía un nivel básico, para aquellos que conocen muy poco sobre nuestro idioma, y en la segunda, la de la derecha, se impartían clases con un nivel un poco más avanzado.

Christian llamó a la puerta de la izquierda, del nivel básico, y la abrió sin más dilatación. La clase no era muy grande, estaba compuesta por dos filas de pupitres con unas siete u ocho mesas aproximadamente que estaban colocadas frente a la pizarra. La habitación me recordó a mi infancia, al colegio donde estudié de pequeña. Estaba decorada con muchos murales de dibujos que probablemente los hicieron los más pequeños del centro, y carteles donde se recordaban algunas normas lingüísticas básicas del español.

-Ven, pasa, te presento –Dijo dejándome pasar a mí primero.

En ese momento había seis alumnos, todos ellos chicos de nacionalidades muy distintas. Se sorprendieron al verme, y yo me puse nerviosa. ¿Qué iba a decirles a unos chicos que no sabían hablar español?

-Hola, Laura. ¿Qué tal? ¿Qué te parece nuestra clase? –contestó la profesora que estaba impartiendo la clase.

-Es preciosa -dije.

La profesora me pidió que me presentara despacito para que me pudiesen entender. Y eso hice, les dije mi nombre, mi edad, dónde vivía y por qué estaba allí. Todos me miraban con cara de no haber entendido nada de lo que había dicho, aun así se atrevieron a responder y presentarse.

Uno por uno empezaron a decir su nombre, su edad y el país del que procedían en español por su puesto. Me fijé en un chico, estaba sentado en la segunda fila en la esquina izquierda. Me sonaba de algo, pero no sabía de qué. Se llamaba Mohammed y venía desde Argelia, tenía la misma edad que yo y se había hecho mechones rubios en su pelo negro. Entonces caí, era el chico que estaba en el vestíbulo leyendo la novela de Agatha Christie mientras yo esperaba a Christian.

-¿Cómo os estáis comportando, estaréis aprendiendo mucho, no? –dijo Christian entre bromas.

Todos asintieron con la cabeza y se empezaron a reír. Salimos de la clase y entramos en la otra, la de la puerta derecha del nivel más avanzado. Estaba vacía y era mucho más amplia que la otra. Tenía tres filas con seis asientos en cada una. Desde la ventana se podía divisar la vegetación de la zona ajardinada del centro, por donde entraba una claridad que no hacía falta encender la luz.



APRENDER ESPAÑOL- Éste es el aula de Español I para los residentes principiantes. Cada elemento que compone el aula está etiquetado con su nombre en español para facilitar la identificación. En ella se enseñan las nociones básicas de español.

En este aula había tres pizarras, una digital y dos de rotulador de las de toda la vida. Algo que me llamó especialmente mi atención es que todo el mobiliario estaba etiquetado por su nombre. El ordenador tenía una etiqueta, la pizarra, el borrador, la mesa de la profesora.

En las paredes había carteles identificativos, en uno de ellos ponía “Feliz Verano”, en otro identificaba con dibujos y el nombre en español las estaciones del año. Cada silla tenía etiquetado el nombre de la persona que iba sentada en ella. Todo muy minuciosamente ordenado y especificado para que el residente se adaptase con más facilidad a nuestro idioma.

Salimos y nos incorporamos al pasillo que traíamos cuando salimos de la sala de televisores. Al fondo había una puerta abierta por la que entraba muchísima luz, y supuse que era otra zona ajardinada.

-Oye, ¿y los que ya saben hablar español que hacen? –pregunté.

-Normalmente siempre tienen que salir del centro para arreglar su documentación en la comisaría de policía más cercana, o bien tienen citas con abogados, o con otras entidades, y los hay quienes buscan piso porque se van ya. Pero si no, se dedican a hacer cursos de formación de empleo acorde con los trabajos que hayan tenido anteriormente en sus países de origen. Hay cursos de todo tipo, de camarero, de cocina, cursos de veterinaria, cosas que sean afines a su profesión.

Seguimos avanzando y llegamos al aula de informática. Esta clase está compuesta por unos veinte o veinticinco pupitres con ordenadores de mesa y una pantalla digital instalada en la pared. Esta sala es multiusos, sirve para el ocio y para el aprendizaje. En ella los residentes pueden aprender a usar internet, pueden chatear e incluso hacer videollamadas con sus familiares, pueden también escuchar música e incluso ver películas. En ese momento había dos chicos subsaharianos a los que Christian saludó, me sentí muy incómoda porque me miraban muy serios. No les habré caído bien, pensé.



CONECTADOS A LA RED.- Sala destinada a la enseñanza y ocio de internet. Se imparten pocas clases porque la mayoría del alumnado es joven y sabe usar un ordenador. Hay un total de 30 ordenadores aproximadamente.

Me puse nerviosa porque tenía que hacer fotos de la habitación pero sabía que no podían salir en ellas los chicos. Para más inri, al sacar el móvil se giraron y se quedaron fijamente mirándome, así que tuve que echar la foto lo más rápido posible.

Continuamos caminado y el pasillo se divide en dos para dar paso a la zona de las habitaciones. Tanto a la izquierda como a la derecha había un pasillo con puertas de color amarillo. Nos decantamos por el pasillo de la derecha y nos paramos en la primera habitación. La puerta estaba abierta y dentro estaba Manuel, un hombre de unos cincuenta y tantos años con arrugas en la cara y en las manos y el pelo canoso, vestía el uniforme de trabajo y con la fregona en mano se puso a limpiar la habitación. Manuel forma parte del servicio de limpieza del centro, lleva toda su vida trabajando en él y ya está a punto de jubilarse.



UNA HABITACIÓN CONFORTABLE.- Ésta se compone de tres camas con armario empotrado. Las habitaciones familiares suelen tener baño incorporado, pero ésta no. Hay baño para hombre y mujeres en el pasillo. Las habitaciones se organizan por sexo y condición familiar.

Mientras Christian bromeaba con Manuel, yo observé cada detalle de la habitación. Había tres camas individuales, dos armarios empotrados, un baño, aire acondicionado y

calefacción. Christian aprovechó para explicarme que en cada habitación dormían tres personas, aunque había también habitaciones para dos o tres residentes según las necesidades de cada persona.

-¿Pueden dormir hombres y mujeres juntos? –pregunté con curiosidad.

-Normalmente no, cada uno comparte habitación con personas de su mismo sexo. Hombres con hombres y mujeres con mujeres, así se evitan problemas. Eso sí, las familias sí tienen una habitación para ellas. –me respondió Christian amablemente.

Desde luego que a la habitación no le faltaba detalle, estaba muy limpia y era muy acogedora. Las ventanas tenían vistas a la zona ajardinada del edificio y las camas parecían cómodas.

Manuel le dijo a Christian que el aire acondicionado de esa habitación estaba estropeado, no enfriaba bien. Me miró y bromeó conmigo diciendo que en Sevilla a medio día era imposible dormir sin aire acondicionado. Le devolví una sonrisa, parecía un hombre muy simpático, tenía luz en la mirada.

Nos despedimos de Manuel y seguimos andando por el pasillo en dirección a la lavandería. Mientras tanto, Christian iba saludando por su nombre a todo aquel con el que se cruzaba, además le daba la mano o una palmadita en la espalda como gesto de cariño. Me resultó conmovedor ese gesto de aprenderse todos los nombres de todos los residentes y de preocuparse por ellos. Yo si fuera una persona migrante lo agradecería. *añadir algo mas

-¿Cómo haces para acordarte de todos los nombres? –pregunté sorprendida.

-¿Qué menos, no? Por este centro han pasado ya muchas personas de diferentes países, con diferentes culturas, con distintos problemas, creo que la base de cualquier relación es el respeto, la educación, el cariño. Me gusta saber el nombre de las 120 personas que a diario conviven aquí, preocuparme por sus inquietudes y hacerles la vida más fácil durante los seis meses que tienen que estar en este centro.

-Entiendo, ¿y cuál es su futuro pasados esos seis meses? –dije.

-Bien, pues ya entraría en la segunda fase del régimen de acogida. En ella lo que hacemos es derivar a la persona refugiada a una entidad u ONG que le dan prestaciones de alquiler y ayudas de manutención durante doce meses mientras que la persona se encuentre

desempleada. Pero si pasado el tiempo la persona no encuentra trabajo, lo normal es que pase a depender de los servicios sociales del Ayuntamiento del municipio donde resida, siempre y cuando tenga el status de refugiado y su tarjeta de residencia, ya que eso le permite disfrutar de todos los servicios sanitarios, sociales y más como cualquier español. En el caso de que se le niegue el status de refugiado deben abandonar el país en quince días.

-Y ¿se van? –respondí.

-Yo sé de muchas personas que aguantan y sobreviven como pueden hasta conseguir la documentación por arraigo presentando su contrato de trabajo.

-¡Eeeyyyy! Pero bueno ¿qué pasa, Christian? –interrumpió un joven para saludar a mi acompañante.

Todo iba bien, me estaba contando historias muy interesantes hasta que vi que ese chico se acercaba cada vez más rápido a nosotros empujando un carrito de bebé. Christian rápidamente le abrazó eufóricamente, parecía que se conocían de toda la vida. Era un chico, bueno, un hombre mejor dicho, de unos 40 años, alto y morenito de piel. Tenía una pronunciada barriguita, y padecía de pelo pobre. Por su acento pensé que debía de ser colombiano o venezolano con toda seguridad. Parece ser que le alegró mucho su encuentro fortuito con nosotros porque no dejaba de sonreír.

Christian se asomó entusiasmado al carrito para preguntarle por su bebé recién nacido y, para su sorpresa y la mía, en él solo había una montonera de ropa limpia. Mentiría si dijese que esa situación no me causó risa, de hecho solté una leve carcajada. Mientras, tanto Christian y Gustavo, que así oí que se llamaba el hombre, empezaron a bromear. Me sentí en todo momento cómoda a pesar de que a mi acompañante lo había conocido hacía escasamente una hora y a Gustavo ni le conocía, pero el buen rollo que transmitían me gustaba.

Christian le preguntó por su bebé recién nacido que apenas tenía tres meses y por Catherine, su mujer. Gustavo nos ofreció amablemente que fuésemos a la habitación a verlos, que allí se encontraban. Ese gesto me dio un vuelco al corazón, había invitado a una extraña a su habitación, me había abierto las puertas de lo que era su hogar durante seis meses, me quería enseñar a su hijo recién nacido y que viésemos cómo era su habitación.

Un gesto envidiable de amabilidad y generosidad. A partir de ese momento, y con lo poco que había visto hasta entonces, comprendí que más que un centro de acogida se trataba de un hogar, donde todos conviven y son familia.

Mientras caminábamos en dirección a su habitación, Christian le comentó que era una chica estudiante de periodismo y que estaba realizando mi TFG sobre el centro para ver si él podía ser uno de mis entrevistados.

-Hombre, por favor, estaría encantadísimo mi niña –me contestó con una sonrisa Gustavo.

Llegamos a su habitación. La puerta estaba abierta pero una cortina impedía ver lo que había en su interior. La habitación tenía dos camas y una cuna para el bebé, además de un baño, calefacción y aire acondicionado. Estaba un poco desordenada, pero con un niño tan pequeño es lo normal. Catherine, la mujer de Gustavo, era una chica bajita que por su aspecto no le eché más de treinta y cinco. Morena de piel y de cabello. Parecía estar cansada porque tenía ojeras, de no haber dormido en toda la noche.

El pequeño, que si no recuerdo mal se llamaba Luciano, era muy pequeñito, o al menos eso parecía en los brazos de su corpulento padre. Era un niño bueno en palabras de Catherine, pero en ese momento empezó a lloriquear. “Tendrá hambre”, le dije. Catherine asintió y se sentó en la cama para darle de amamantar. A Christian y a mí nos pareció que ese momento era más íntimo y decidimos irnos. Nos despedimos de nuestros amables amigos y nos fuimos camino a la lavandería.

Por el camino, Christian me comentó que Gustavo era una persona maravillosa, muy amable y servicial, que había atravesado un pasado oscuro en su país y que de ahí saldría una buena entrevista. La verdad que me dejó con la miel en los labios y unas ganas inmensas de saber qué le había pasado. Además, sentí esa conexión con Gustavo que creo que cada periodista tiene con su entrevistado y que te asegura de que va a ser una buena entrevista.

La lavandería era muy pequeña, era un cuartito de unos escasos dos metros cuadrados, donde había dos lavadoras y una secadora. Cuando llegamos estaban tres muchachos poniendo la lavadora, o al menos intentándolo porque estaban mezclando ropa blanca, con negra y con calcetines rojos. Una mezcla que muy buen resultado no tendría. Los tres chicos nos miraron y nos devolvieron el saludo, aunque esta vez Christian no se sabía sus nombres o al menos esa impresión me dio.



HORA DE LAVAR LA ROPA.- La Lavandería se compone de dos lavadoras y dos secadoras. Cada residente dispone de una tarjeta para poder lavar, secar y planchar la ropa.

Mientras mi acompañante me comentaba que todos los residentes tienen una especie de tarjeta con la que pueden usar el servicio de lavandería, de pronto comencé a escuchar un murmullo que hizo desviar mi atención de las explicaciones que me estaba dando Christian. Las voces cada vez eran más intensas y nos asomamos por la ventana que daba a la zona ajardinada a ver qué pasaba.

Eran varias niñas pequeñas que estaban jugando con globos de agua cada una en su idioma y tenían una pequeña discusión para ver a quién le tocaba el globo más grande. O eso entendí yo al ver que sostenían el globo por cada extremo.

Si algo caracterizaba al responsable de área, era por su paciencia y por su amabilidad. Supo apaciguar el pequeño enfrentamiento con solo dos palabras y una sonrisa. Aprovechando lo sucedido me atreví a preguntarle si era común que se produzcan enfrentamientos entre residentes.



LA MAGIA DE LA NIÑEZ.- Un grupo de cuatro niños juegan con globos de agua en el jardín del centro, supervisados por la monitora. En esta fotografía se aprecia cómo a pesar del drama que han tenido que sufrir los más pequeños, la felicidad y la inocencia priman ante todo.

-Aquí viven ciento veinte personas de distinta procedencia, con distintas culturas y distintos hábitos de vida, y te mentiría si te dijese que nunca hemos tenido problemas, claro que sí, aunque no es frecuente, dentro de lo que cabe es un centro pacífico. La más reciente fue hace ya unos meses aquí en la lavandería, donde una mujer angoleña y otra armenia empezaron a discutir porque sus pequeños se habían peleado. Como sólo llevaban un mes dando clase de español aún no sabía hablar el idioma con lo cual lo chapurreaban bastante mal. En qué idioma se pelearon, pues en español, fue muy gracioso porque una le decía a la otra “tú burra burra burra” –mientras me simulaba el gesto de pegar una cachetada en el culo- y la otra le contestaba “yo no burra, yo estudio, tú si burra”. La discusión fue cuanto menos graciosa porque ninguna sabía lo que estaba diciendo.

-Otro así destacable es algún que otro robo sin importancia en el Carrefour que hay ahí al lado. Los chavales en sus países de origen tenían que robar para poder subsistir, y cuando llegan a España tienen esos pequeños problemas, pero nada más allá fue un caso puntual y ya está. -añadió.

No me atreví a preguntarle nada más porque noté que no le gustaba hablar de ese tema.

-Ven. Te voy a enseñar el patio del centro –me dijo para cortar esa conversación.

EL PATIO

Salimos de la lavandería y caminamos por el pasillo que traíamos al principio hasta llegar al pasillo principal del que partimos. Me volví a fijar en aquella puerta abierta que se veía al fondo que iluminaba todo. Bajamos unas escaleras y cruzamos la famosa puerta. El patio era grandísimo, a la derecha había un parque de juegos infantiles con balancines y columpios.

El suelo de la zona infantil estaba acolchado para evitar lesiones en los más pequeños. Eso sí, parecía todo muy deteriorado. Al columpio le faltaba un asiento, el balancín ni lo tenía. Al suelo le faltaban algunas lozas acolchadas, y las restantes estaban muy desgastadas del sol y del uso.



ZONA INFANTIL.- Zona donde los residentes más pequeños pueden jugar. En ella hay columpios y balancines. Tiene el suelo acolchado y se encuentra al aire libre.

-Oye, ¿los pequeños usan esta zona? Porque está un poco deteriorada, ¿no? –pregunté sorprendida.

-La verdad es que ahora en verano no la suelen usar porque hace muchísima calor. El arreglo y rehabilitación de esta zona de juegos están ya tramitados con la Junta de Andalucía y el Gobierno Central. Ahora solo hay que esperar que nos den el dinero.- contestó Christian.

Había además una pista enorme de fútbol con dos porterías. La pista estaba doblemente vallada. Tenía unas vallas muy altas de color gris, que supuse que servían para evitar que el balón saliese fuera del campo. Y una segunda valla más pequeña de color verde con una cancela que ejercía de puerta. Christian me dijo que la pista de fútbol se podía usar en libre horario, siempre y cuando se solicite la llave previamente.



PISTA DE FÚTBOL.- Zona juvenil para jugar al fútbol. El recinto está doblemente vallado y lo puede usar cualquier residente que lo solicite.

A lo lejos me percaté de que había unos merenderos que por su aspecto parecían llevar ahí puestos desde que abrió el centro. Aunque cuando me acerqué vi que mi visión fallaba. Lo único que había eran dos mesas alargadas ancladas al suelo, una de color verde y otra roja.

Desde el patio se podía ver la cantidad de bloques de viviendas que rodeaban el edificio y me dio curiosidad saber si los vecinos estaban de acuerdo con que el centro estuviese en el lugar. Si ha habido problemas o simplemente si están de acuerdo en que el barrio “se llene de extranjeros”. Perdón por la expresión pero me salió así decírselo.

-Para nada, justo todo lo contrario. Los vecinos están encantados. De hecho, todos los años hacemos reuniones vecinales donde el centro y cada vecino aportan algo de comida para juntarnos y comer todos juntos. Adornamos el patio con flores y siempre hay buen ambiente y buen rollo entre los residentes y los vecinos. -me dijo.



DÍA DE LA CONFRATERNIDAD.- Vecinos y residentes comparten juntos una merienda en el patio del centro. El centro organiza estas convivencias para garantizar la buena armonía entre vecinos e inmigrantes. Ésta fotografía fue realizada por Christian Bohórquez el 16 de noviembre de 2017.

Eran la una de la tarde y al responsable de área se le había terminado su tiempo libre, ya que lo había invertido conmigo.

Tengo que volver al despacho guapa –me dijo.

Nos dirigimos a su despacho a recoger todas mis pertenencias y me dijo que me esperaba el próximo día encantado. Me preguntó que cómo había visto el centro y que si había estado cómoda. Y para qué voy a mentir, llegué con mucho miedo y he salido encantada.

DÍA DOS, LA CRUEL REALIDAD

Me bajé del autobús a toda prisa, llegaba tarde. Había quedado con Christian a las cuatro de la tarde y eran ya las cuatro y diez. Pero en Sevilla rondaban los 42 grados y no había un alma por las calles. La ciudad se derretía y yo con ella. Pero no importaba puesto que hoy me iba a dedicar a entrevistar a varios residentes y tenía mucha curiosidad.

En la puerta había una chica sentada en los escalones, que por lo que pude ver leía un libro en inglés. Saludé, me miró y me sonrió. “Esta no se ha enterado de nada”, pensé. Me dirigí al mostrador de recepción para saludar y avisar de que había llegado a mí ya mi amigo Antonio.

-¡Hombre, que tal, guapísima! ¿Has quedado con Christian? Él hoy no está –me saludó Antonio desde dentro de la pecera de recepción de forma eufórica.

-No me digas, pero si me dijo que me viniese a las cuatro de la tarde –le contesté.

-Espera, guapa, ponme aquí tus datos, tu nombre y DNI que voy a llamar a Mara, que es la técnico de tarde.

Me resultó un poco extraño, pero sin más me senté en el mismo asiento del primer día a esperar. Mientras tanto, me puse con mi móvil a mirar Instagram pero unas voces llamaron mi atención. Eran dos niñas pequeñas que estaban jugando al escondite o al pillar-pillar, no sé, el caso es que estaban corriendo y pegando voces. De repente asoma la cabeza Antonio por la ventanilla de recepción y con esa simpatía que le caracteriza les dice que guarden un poco de silencio que es la hora de la siesta.

Al parecer los niños no dormían, las chicas a las que Antonio había llamado la atención se metieron en la sala de televisión, de donde salían unas carcajadas de más pequeños. Era su hora de ver los dibujos animados.

A la recepción se acercaron una mujer con un velo en la cabeza, que por su forma no era el *hiyab*. Y a su lado un chico de unos doce o trece años, alto con el pelo oscuro y rizado. Tenía el típico bigotillo que les salen a los niños cuando entran en la pubertad. Vestía una camiseta roja, pantalón de chándal y zapatillas *nike*. Todo parecía de lo más normal hasta que me percaté de que el niño tenía Síndrome de Down.

No sé si sentí tristeza por la enfermedad del pequeño o alegría al ver cómo era recibido. Tanto Antonio como su compañera de recepción salieron de la pecera a darle un abrazo y un beso. De repente el niño sale corriendo hacia la limpiadora, aquella mujer chaparrita con gafas y un moño mal hecho, que me encontré el primer día. La señora corría detrás de él para quitarle el guante que le había cogido del carrito.

Las risas se oían desde lejos, pero qué risas más bonitas. Aquella escena dio un vuelco a mi corazón. Quise hacer una foto para immortalizar aquel precioso momento, con mi móvil, claro. Era demasiado descarado sacar la cámara. Pero entre los nervios y las prisas, la foto salió movida y para colmo saltó el flash de la cámara.

Tierra, trágame, era lo único que pensaba en ese momento. Me hice la tonta, como la que no sabía el motivo por el cual se había encendido el flash, y guardé el móvil. La madre del pequeño me miró y me sonrió.

Mientras la limpiadora y el chico se daban abrazos, apareció del fondo del pasillo una mujer bajita, más o menos de mi estatura (1,65 cm), de pelo oscuro y largo. Tenía los ojos bien maquillados y vestía con ropa normal de calle.

-¡Eyy, pero qué pasa contigo, muchachito! –dijo refiriéndose al chico que jugaba con la limpiadora.

El chico se volvió y le dio tal abrazo que la madre tuvo que decirle que parase, en su idioma, claro.



EL AMOR NO ENTIENDE DE RAZAS.- La señora de la limpieza juega a quitarle el guante que el chico le había robado del carrito. Ambos se encuentran en el vestíbulo y el chico con Síndrome de Down le dice que para dárselo debe de darle un beso.

-Mara, ahí tienes a Laura, la chica que tenía cita con Christian –le dijo Antonio.

Cuando oí que se llamaba Mara, levanté la vista del móvil y vi que me miraba. Con un gesto me señaló que me acercase y eso hice. Cogí mis pertenencias y me dirigí hacia la pecera. Mara se presentó y me presentó a la madre del pequeño y a él inclusive.

No puedo recordar el nombre de ellos porque dejé de escuchar a Mara cuando el chico se vino para mí y sin conocerme de nada me dio un abrazo. Fueron los segundos más conmovedores de mi vida. No hay nada que lo pueda comparar.

Mara González es la trabajadora social del centro, aunque en ausencia de Christian es también la técnico responsable de Área. Es la más buscada por todos los residentes. Su despacho siempre tiene la puerta abierta y gente esperando fuera para ser atendida. Yo no he visto otra cosa igual, los residentes la paran por los pasillos para hablar con ella sobre sus problemas. “Es la chica multiusos” pensé para mis adentros.

La verdad que es una mujer muy agradable, mientras caminábamos hacia su despacho me preguntó por mis estudios, por el centro, por las personas que había conocido. Un interés que es de agradecer.

Bajamos unas escaleras y cruzamos un pasillo un tanto oscuro. “Ahí viene”, escuchamos de lejos. Y efectivamente, había dos hombres musulmanes y un colombiano en la puerta esperando. Mara me miró con cara de resignación. Por sus ojeras pude notar el cansancio que probablemente llevaría acumulado.

-¿Karim otra vez por aquí? ¿Qué te pasa ahora? –le dijo a uno de los dos hombres musulmanes mientras abría el cerrojo de la puerta.

-Es que necesito dinero -intentó responderle el chico.

-Karin, te dije esta mañana que hasta la semana que viene no os podemos dar más, tienes que aprender a fraccionar el dinero –le contestó Mara.

El hombre y su acompañante asintieron con la cabeza y salieron de la habitación. El chico colombiano se quedó esperando en el marco de la puerta, un poco tímido tras ver la situación. Mara le invitó a entrar al despacho y le preguntó qué necesitaba.

-Esto... yo ingresé en el centro la semana pasada y me han dicho que tengo que hablar contigo para pedirte...

-Está bien, si no te importa, espera un segundo en la puerta, que tengo que acompañar a Laura a un sitio -le interrumpió rápidamente.

Salimos del despacho, cerró la puerta con llave y subimos unas escaleras hasta llegar al vestíbulo. No quise preguntarle nada sobre su trabajo porque la vi un poco agobiada. No era el momento idóneo.

Por el camino me dijo que mi primer entrevistado iba a ser Gustavo y que los dos siguientes me los iba a buscar a lo largo de la tarde.

-Ala, qué bien. Ya conozco a Gustavo, parece una persona interesante –dije.

-Lo es. Además, él está encantado en contar su historia –me respondió sonriendo.

Estábamos de nuevo en el vestíbulo, pero esta vez en el otro extremo. Nos detuvimos ante un despacho de una tal Elena Méndez, mientras Mara sacaba su enorme llavero y buscaba la llave para abrirlo. Me fijé en una enorme pared compuesta por cuadrados pequeñitos de cristal que terminaba en una puerta también de cristal. Parecía una sala grande, pero diferente y especial.

En la fachada de cristal había un corazón enorme compuesto por corazones pequeños de papel. Era algo realmente bonito, impresiona ver cómo cuidan los pequeños detalles en este centro para que los residentes se sientan queridos.



SÍMBOLO DE AMOR.- La puerta de acceso a la Sala Polivalente del centro y la sala en sí fue decorada por Ikea. Tras la puerta, se puede observar a un niño afgano en la zona infantil.

No pude contenerme y le pregunté a Mara.

-Oye ¿qué es esta sala?

-Es una sala polivalente, pero nosotros la llamamos el salón de Ikea. Es una bonita historia que cuando entremos te la contaré –me dijo amablemente.

Entramos en el pequeño despacho, tenía dos mesas, una de escritorio con su ordenador y una gran cantidad papeles a los lados y otra redonda con dos sillas. Mientras me acomodaba en la mesa redonda llamaron a la puerta, era Gustavo Alberto Bermúdez. Venía vestido con un polo rosa fucsia y unas bermudas marrones. Parecía que le había interrumpido el sueño, pues los ojos los tenía un poco hinchados y el poco pelo que tenía estaba alborotado. Era un hombre grandote y corpulento, aunque su voz era dulce. Su bronceada piel y su acento dejaban una inevitable huella de su procedencia. Aunque su simpatía y amabilidad destacaban aún más su seña caribeña.

Nos dimos dos besos y le invité a tomar asiento en la mesa, colocó su botellita de agua y me dijo que allí lo tenía para contarme todo lo que yo quisiera. Estuvimos un rato hablando sobre mi profesión, el periodismo. Me contó la difícil situación por la que tienen que atravesar los periodistas en su país. Le conté mi experiencia cuando estuve en México, que aunque no era su país natal, estaba cerquita. Su cara de nostalgia lo decía todo, en sus ojos pude ver la tristeza que supone tener que huir dejando atrás toda tu vida, tu familia, tus amigos, tus pertenencias, recuerdos...

No sé si todo lo que me contó era cierto o no, pero he de reconocer que en mi vida había escuchado una historia tan escalofriante y trágica.

DE EMPRESARIO DE ÉXITO A REFUGIADO POR NECESIDAD

“Provengo de una familia adinerada de padres divorciados. La rivalidad entre mis abuelos siempre ha estado marcada por la política, en Venezuela existe el Partido Popellano y el Adeco. Mi abuelo paterno era del primero y el materno del segundo. Sus hijos no entendían de política y se enamoraron. Pero sus padres no veían posible el enlace por sus diferencias ideológicas, con lo cual tuvieron que huir y casarse a escondidas. Como había mucho poder político e influencias les obligaron a divorciarse.

Mi madre estudió medicina y mi padre procedía de una familia adinerada que era dueña de una flota de autobuses. Nunca pudieron estar juntos.

Mi infancia fue traumática porque mi abuelo, el paterno, al tener tanto poder nos arrebató de los brazos de mi mamá con dos años. Él no permitía que viviésemos con ella y se tuvo que buscar la vida sola. De mi abuelo paterno, con el que tenía más relación, guardo muy buenos recuerdos. De él aprendí a valorar el trabajo y a no dejar las cosas a medias. Lástima que por su propio carácter acabara solo.

De joven fui muy independiente e inestable emocionalmente, tengo seis hijos con cinco mujeres diferentes. A los doce años comencé a trabajar como heladero, es decir, como vendedor ambulante de helados con un carrito. Siempre tuve independencia económica pero yo quería más y trabajaba a escondidas en el sur del país para que no me viesen.

Comencé a estudiar en la Universidad Politécnica de las Fuerzas Armadas la carrera de Ingeniería Eléctrica. Me gradué a los cuatro años y comencé a trabajar en una empresa norteamericana llamada Laboratorios Wallet, donde entré en el año 1996 como pasante y más tarde como graduado, y quedé como coordinador de Proyectos.

Tuve proyectos de inversión en Venezuela, pero las cosas se empezaron a torcer cuando Wallet vio que el entonces candidato a la presidencia republicana, Hugo Chávez, podía ganar las elecciones. En el 97, cuando finalmente ganó las elecciones, sacamos los proyectos y la maquinaria de Venezuela antes de que las cosas se pusieran más difíciles, ya que el presidente era un militar e iba a crear una dictadura”. –dijo con tono preocupante. Estaba nervioso no dejaba de mover la botella de agua de un sitio para otro. Parecía que le incomodaba hablar de estos temas.

“Viajé mucho con esa empresa y aprendí mucho de ella. Pero en 2004 me liquidan y me vuelvo independiente, creé una empresa certificada para trabajar directamente a las empresas farmacéuticas y alimenticias, y de hecho me fue de maravilla, conseguí mucha plata y la reinvertía.

Cuando el Estado empieza a estar muy limitado económicamente con otros mercados, golpea su mercado interno industrial donde fuimos víctimas de la expropiación de los productos que fabricábamos. Entonces perdí 970.000 dólares, caí en quiebra y pasé de tener 200 trabajadores a 11.

Con lo poco que tenía volví a levantar la empresa y creé otra “Misión Respuesta”, dedicada a fabricar piezas para coches, pero el Gobierno de nuevo retiró mis productos y caí.

Tuve un accidente con mi camioneta justo en el momento que me estaba divorciando de mi mujer porque decía que tenía muchas pérdidas de dinero. Caí en depresión. Volví a casa de mi mamá y cuando agarré algo de plata compré una máquina de inyección de goma y conocí a Catherine que trabajaba en un taller y yo era su cliente, le compraba repuestos”.



LA CAMIONETA.- Fotografía cedida por Gustavo donde se observa el vehículo que se compró después del accidente.

Se hizo el silencio durante unos segundos. A Gustavo le entristecía recordar esos momentos. Aunque levantó la cabeza, me miró, sonrió y continuó.

“Entre ella y yo había una bonita amistad, era madre soltera y renunció a su marido. Yo la acogí y comenzamos a trabajar juntos en un negocio donde le hice social al 10%. Compré un restaurante en 2013 y dejé que ella lo administrara entero.

Pero la situación del país se fue complicando, cada vez había menos comida y medicinas. Mientras más plata tengas más víctima de la extorsión eres. Todos los días, la policía llamaba a la puerta de mi negocio para pedirme plata a cambio de mi protección porque dicen que se han enterado de que me iban a secuestrar. ¡Todos los días!

Además, cada mes pasa por tu negocio el *Tren de Aragua*, que es una mafia organizada de delincuentes. En cada visita te dicen lo que has vendido al mes y te piden un porcentaje de las ventas, que si no das lo que te piden tienes problemas.

Todos están en complot, el señor que regula los impuestos es amigo de la mafia, y la mafia es amiga de los bancos, y los bancos de los policías. Venezuela es una mafia completa.

La extorsión llega hasta tal punto que, por ejemplo, cuando a la banda se le muere uno de sus cabecillas lo pagan con la gente. El año pasado nos obligaron a cerrar todos los negocios de la zona en símbolo de luto. Yo decidí no cerrar y secuestraron a mi hija Isabela durante una semana. Mi hija no volvió a ser la misma después de eso.

Otro caso que me pasó fue que me robaron una moto recién comprada a punta de pistola. Cuando fui a poner la denuncia a la policía entra por las puertas el hombre que me la robó con mi casco puesto. Resulta que era un policía y dije “él me robó la moto”, señalándole con el dedo. “Ah, que él te la robó” –me dijo el otro policía. Comenzaron a meterme tal presión que tuve que decir que no fue él.

Catherine se quedó embarazada y comenzamos a tener miedo. Tuvimos que huir de donde vivíamos y alquilar un apartamento en un barrio malo porque nos perseguían. Vendí mi camioneta nueva del 2016 y compré otra para despistar. El teléfono también lo dejé de usar.

De hecho, para llevar para delante el restaurante tenía que pedir la comida a través de *Whatsapp*. Era como comprar droga, “te lo voy a mandar a tal sitio en una bolsa negra”, luego ibas y con el coche en marcha lo recogías.

Ahora mismo el negocio de repuestos de coche está medio abierto y lo controla desde España. Trabajan a puerta cerrada de forma clandestina aunque es un negocio completamente legal. Tienen que trabajar así para evitar la extorsión, de hecho mandé a comprar camas para que mis empleados durmiesen dentro y trabajasen desde ahí. Por fuera el edificio parece abandonado con candados en las puertas principales, aunque por dentro el negocio sigue activo.

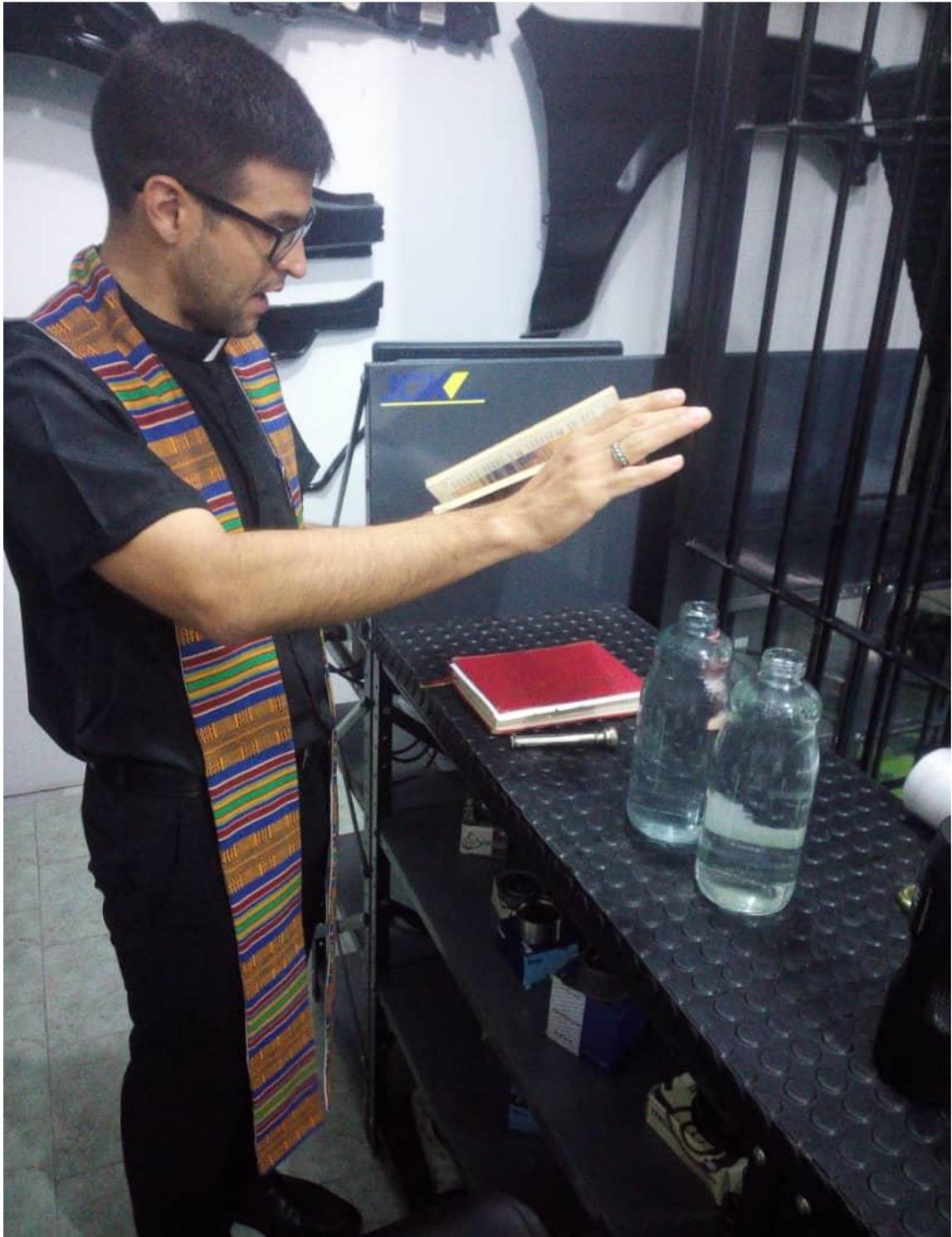


LA BENDICIÓN.- Gustavo junto con Catherine, sus empleados y un sacerdote asiste a la bendición del negocio de Gustavo en Venezuela. La empresa se encuentra activa pero a puerta cerrada, de forma clandestina. Fotografía cedida por Gustavo Bermúdez.

En un arrebato de ansiedad decidimos coger un vuelo para España con el poco dinero que teníamos. A Catherine le llamaba la atención Sevilla y me puse a investigar qué tipo de negocios había en esta ciudad y qué faltaba.

La mayor dificultad con la que me encontré es que no tenía pasaporte. En el 2009 durante una exposición eléctrica en una Universidad, el Gobierno mandó a anularme el pasaporte porque se dio cuenta de que mi proyecto era interesante y quería evitar que lo desarrollase fuera de Venezuela. Por suerte en el aeropuerto encontré a una persona que me lo habilitó por 200 dólares, por eso mi pasaporte es diferente al de Catherine.

Pasamos diez días para cruzar la frontera a pie con mi mujer embarazada. Compramos un boleto de avión para ir hasta Madrid, y de ahí a Sevilla. Pero cuando empecé a pagar hoteles me quedé sin dinero. De hecho nos alimentamos durante varias semanas con pan y un poco de chacina.



UN ACTO DE FE.- Gustavo y Catherine son personas muy creyentes en Dios. Mediante la bendición, Gustavo espera tener suerte de cara al futuro. Fotografía cedida por Gustavo.

Desesperados fuimos al CEAR y nos atendió Alicia González. Me eché a llorar porque Alicia dijo que iba a ayudarnos, vi un poco de luz en este túnel tan oscuro. Nunca nadie me había ayudado antes, al revés siempre he sido yo el que ayuda, el que resuelve los problemas de los demás.

Al siguiente día Cruz Roja nos acogió en régimen de urgencia y nos metieron en una pensión sin aire acondicionado con un frío brutal, pero era el hombre más feliz del mundo.

Me daba vergüenza que me ayudase y no quería hacer gastos en el comedor. Pero el dueño de la pensión le comentó a Alicia que no bajábamos a comer. Nos dijeron que era un derecho nuestro, que eso lo pagaba ACNUR y también lloré ese día.

CEAR nos lleva a Casa Manolo durante dos meses. Son personas maravillosas, de hecho fueron a ver a mi hijo Luciano cuando nació al hospital. Yo nunca he pagado ni un bolívar por medicina ni por comida aquí, cuando allí pagaba hasta por estornudar.

Todo el mundo habla muy mal y muy fuerte del CAR, pero cuando llegué aquí el 11 de abril de este año y comencé a vivir la experiencia personal propia entendí que las personas que hablan mal son las que no acatan las reglas. Es más. Aquí te tratan de maravilla.

Aquí todos me tratan muy bien desde la trabajadora social, la psicóloga, la gente del comedor, mantenimiento... todos me conocen por Gustavo y siempre intento poner mi granito de arena para sentirme realizado. Me dejan participar en algunas cosas y eso me gusta.

El futuro aquí es muy magnífico, Sevilla tiene muchas cosas que explotar. ¿País en crisis? Fenomenal porque es un indicativo de que tienes que poner más empeño en ese negocio. Yo no tengo miedo a estudiar, ni a trabajar, ni a formarme, ni a ser empleado. Ya a mis 42 años lo único que espero es poder ganar plata para traerme al resto de mi familia para acá y ser feliz.”



EL CAR SE VA A LA PLAYA.- Dos veces al año el Centro organiza excursiones a la playa o a conciertos y espectáculos. En la imagen se aprecia la felicidad interracial.

HUIR EN PATERA

La tarde se nos había pasado volando, eran ya las seis menos veinte. Mientras charlaba con Gustavo, Mara llamó a la puerta y me dijo que Mohamed estaba interesado en hablar conmigo.

-Perfecto, en unos 15 o 20 minutos estoy contigo –le dije.

Pero en realidad tardamos una hora y media, y cuando salimos el chico ya no estaba en la puerta. Gustavo me dijo que sabía quién era y que me iba a acompañar hasta su habitación.

Cruzamos por aquel pasillo-puente que conectaba los dos edificios. Era estrecho y estaba acristalado pero las macetas floreadas y el jardín que había debajo de él lo hacían mágico. Gustavo y yo charlábamos de Venezuela, me impactó tanto su testimonio que quería saber más y más sobre la vida allí.

Giramos a la derecha y llamamos a la primera puerta con la que nos encontramos. Mohammed abrió la puerta y de ella salió una luz resplandeciente a la vez que cegadora. Tenía la habitación hecha un auténtico desastre. Lo normal, si allí convivían tres jóvenes.

Mohammed se disculpó por recibirnos sin camiseta y nos dijo que nos esperásemos cinco minutos. O eso entendí porque el chaval no hablaba muy bien español.

Mohammed Kaddame era el chico que me encontré en el vestíbulo leyendo la novela y en clase de lengua. Tiene 22 años y es altísimo. Vestía con ropa muy ancha, parecía que iba a jugar al baloncesto y de su peinado ya ni hablemos. Tenía el pelo oscuro por la parte inferior, pero en la superior se había teñido de un amarillo pollo que no le quedaba nada de bien.

-Pero, bueno, el señor Manuel, el jefe de seguridad –bromeó Gustavo cuando pasó por nuestro lado el chico de seguridad.

Me lo presentó aunque se disculpó porque llevaba un poco de prisa y no se podía parar a hablar con nosotros. Manuel no tendría más de treinta y cinco años, tenía unas entradas muy pronunciadas y el pelo cortito. Aunque con el uniforme de seguridad gris parecía que tuviese más edad.

Mohammed y yo nos dirigimos al despacho donde estaba haciendo las entrevistas, y no sé si era el chico que estaba nervioso o yo que no le entendía pero la comunicación empezó a fallar. Pero quise entender que se fue a la habitación para llamar a su madre.

Estuvimos charlando alrededor de los veinte minutos. Me dijo que su nombre es Mohammed Kaddame pero que en realidad se llama Mohammed Udthen Kamih. Raro cuanto menos. Me dijo que me había visto en la clase de español y que era muy guapa. Me sonrojé un poco e intenté hacerle otra pregunta para cambiar de tema.

Me dijo que su país de procedencia es Argelia y que allí había trabajado como fotógrafo para una empresa de informática haciendo reportajes fotográficos. Además es jugador de balonmano.

Cuando le pregunté por su familia me dijo que su padre había fallecido cuando él tenía apenas seis meses de vida. Con su hermana se lleva muy poquito tiempo, es prácticamente de su edad. Cuando su padre murió, su hermana tenía un año. Además de ella, tiene cinco hermanos, dos chicos y tres chicas. Pero “los tres últimos del segundo marido de mi madre”, aclaró.

Una de sus hermanas vive y trabaja en Barcelona, el resto están en Argelia. Cuando le pregunté qué recordaba de su infancia se empezó a reír. Mi cara fue un poema porque no sabía a qué venía esa risa repentina ni por qué me miraba fijamente. Le pregunté si había entendido la pregunta y me dijo que no, que no hablaba bien español.

Decidí cambiar el tercio y preguntarle algo más sencillo. Quería que me explicara los motivos por los cuales tuvo que huir a España. Sinceramente no sé qué me respondió. Pero después de investigar por mi cuenta he descubierto que el problema en Argelia es grave. Hay mucha hambre, pobreza, desigualdad y terrorismo. Se persiguen y detienen a las personas protestantes y se las encarcela sin celebrar ningún tipo de juicio. Entonces entendí que trabajar como fotógrafo en un país tan sumamente castigado era algo prácticamente imposible.

Me comentó que había viajado en pareja. “¿En pareja? Querrás decir en patera”, le dije para intentar entenderle.

-Oh, sí, sí, eso, patera. Desde Orán a Almería y Almería a Sevilla –me contestó.

Yo no sabía si reír o llorar porque era imposible mantener una conversación en la que se entendiese algo más de dos palabras seguidas. Después de preguntarle de varias formas la misma frase, conseguí que me diese más detalles.

“Veníamos doce personas en la patera, y viajamos desde las tres de la madrugada hasta las siete de la tarde del día siguiente. Fue muy duro. Tuve algunos enfrentamientos con la policía nacional”.

Como no sabía responder nada más, decidí preguntarle de nuevo por su familia. Me dijo que su madre estaba deseando venir a España, que hablaba con ella todos los días por teléfono.

El idioma para él es un problema, aunque dice que en Argelia estudió durante un año nuestro idioma, además de francés e inglés. Para hacer amigos no ha tenido la misma suerte. Me comentó que sólo mantiene relación con sus compañeros de habitación, que uno es de Argelia y el otro de Marruecos.



LIBERTAD.- Ser homosexual en Marruecos está prohibido, perseguido y castigado. Este chico, Hammed, es compañero de habitación de Mohammed y es gay. Disfrazado de mujer, con una peluca dice sentirse libre y feliz en el centro.

Su día a día es muy monótono, según él. Tiene clases de español por las mañanas, de 11:30 a 12:30 horas. Y luego va al comedor para almorzar. Por la tarde baja a la sala de televisión para ver los partidos del Mundial de Fútbol aunque admite que no le gusta el fútbol.

Con el centro comenta no tener ningún tipo de problemas, se siente cómodo y a gusto. Come de todo, aunque ahora estaba dejando de comer tanto para quedarse más delgado. “No quiero engordar”, me dijo entre risas. Para no entender mucho el idioma, sabía bastante bien cómo bromear.

Lleva en España apenas cinco meses y desconoce su futuro aquí en Sevilla, pero tiene claro que quiere trabajar. Por ahora dice que entrena y juega en el equipo de balonmano del barrio de Pino Montano. Y tendrá reuniones próximamente con los directivos porque el equipo jugará el campeonato nacional de balonmano. Le espera un futuro prometedor. Aunque espera trabajar de fotógrafo.

Después de casi media hora hablando sabía que nuestra conversación no iba a llegar a buen puerto. Me daba realmente pena porque seguro que tiene cosas muy interesantes para contar y no sabe cómo hacerlo. Le pregunté si podía hacerle fotos y le enseñé mi cámara.

Se puso a inspeccionarla y me dijo que era una cámara muy buena. Por su mirada pude percibir su melancolía, me contó que se había dejado su cámara en su país y que hacía mucho que no usaba una. Estuvo tocándoles a muchos botones y por un momento pensé que la iba a estropear pero me dijo “sonríe” y me apuntó con mi cámara para hacerme una foto. Cuando me la enseñó me sorprendí, por un lado, por lo fea que salía y, por otro, por los efectos que le había puesto. Que la verdad ni yo sabía que existían. Nos echamos unas risas y me explicó cómo poner y quitar los efectos. Le pregunté si me dejaba hacerle una foto pero me dijo que no estaba peinado, que prefería otro día para que se pudiese arreglar.

Me ayudó a recoger mis cosas y salimos del despacho. Se despidió y me dirigí al despacho de Mara para ver si tenía a alguien más que pudiese entrevistar. Bajé las escaleras, crucé el oscuro pasillo y llamé a la puerta.

-Pasa, guapa – me dijo.

Estaba sola, extraño pero cierto. Tenía muchos de papeles encima de la mesa y parecía que los estaba firmando uno a uno. Me preguntó qué tal me había ido y le conté que con

Gustavo genial pero que con Mohammed no he tenido la misma suerte, no nos entendíamos. Me dijo en tono consolador que no me preocupase que era normal, que me pasase el próximo día que seguro que tendría más suerte con la siguiente entrevista.

Nos despedimos y volví al vestíbulo para despedirme también de Antonio, que salió expresamente de la pecera para darme dos besos.

-Oye, te espero pronto por aquí ¿no? ¿Sabes que hay una canción con tu nombre? Dice así: “amo a Lauraaa pero esperaré hasta el matrimonioo” –comenzó a cantar y a reírse como si no hubiera un mañana.

Mientras yo atónita, canté con él un poco de la estrofa y le dije que me tenía que marchar.

-Hasta el próximo día guapa –me contestó diciéndome adiós con la mano mientras yo salía por las puertas.

DIA TRES. EL AQUARIUS DESEMBARCA EN EL CAR

No era un viernes cualquiera, el cielo estaba encapotado y el bochorno típico del calor sevillano azotaba fuerte a la ciudad. Eran las diez de la mañana y me dirigía hacia el centro, en autobús como siempre. Tenía una cita con Christian a las diez y media pero decidí irme con tiempo para ver si tenía la oportunidad de hacer algunas fotos.

Esta vez no había nadie sentado en los escalones de la puerta principal. Entré y saludé a Antonio, como siempre. Me senté un rato en los asientos del vestíbulo para no llamar mucho la atención. Cuando Antonio se despistó, me levanté y entré en la sala de televisión que siempre está abierta, hice unas cuantas fotos y seguí por el pasillo hasta la clase de español, que en ese momento había residentes dando clase dentro. Con lo cual me puse de puntillas y alcé la cámara por encima de mí para hacer un par de fotos, como pude, porque la estabilidad no es uno de mis fuertes.



APRENDER ESPAÑOL.- Una de las actividades que realizan todos los residentes del centro es aprender español. En grupo reducido de siete u ocho residentes se imparten clases en horario de mañana y de tarde.

Cuando la bajé para comprobarlas me di cuenta que en ella salía un chico mirando al objetivo de frente. “Ups, me han pillado”, dije, y salí con un paso apresurado no fuera a ser que saliera de la clase y me dijese algo. Fui al vestíbulo y me senté en el mismo asiento que estaba. Todo parecía normal, supuse que Antonio no había notado mi ausencia y me puse a repasar la entrevista que tenía pendiente.

-Hombre, Laura, ¿qué tal? –me dijo una voz que salía de al lado mío. Levanté la cabeza y por el rabillo del ojo derecho vi que era Christian. Automáticamente me puse en pie y le devolví el saludo. Me dijo que por ahora no tenía a nadie que pudiese entrevistar pero que me lo buscaría, que no me preocupase. Mientras tanto, me invitó a pasar al despacho de Ángel Cazorla.

-¿Quién es? –dije.

-Ángel es el gobernador de área de servicios del centro. Es el responsable de todo lo que tenga que ver con el alojamiento y la manutención de los residentes, desde la organización

de las habitaciones, el comedor, hasta los productos de limpieza. Es un hombre muy interesante.



AULA DE ESPAÑOL II.- En ella se imparten lecciones de español para alumnos más avanzados. Son residentes que o bien conocen el idioma con anterioridad, o han pasado del nivel principiante que se imparte en el aula I.

Me acompañó hasta el despacho que justamente se encontraba al lado del que el día anterior hice las entrevistas a Gustavo y Mohammed. Llamó a la puerta y la abrió. Ángel en ese momento estaba redactando una especie de informe en el ordenador, el cual dejó enseguida. Christian le explicó mi situación y rápidamente se ofreció para ser entrevistado. Me ofreció asiento y me dijo que me esperase un segundo a que organizase un poco la mesa. Falta le hacía porque, entre que el despacho era pequeño y la cantidad de chismes que tenía allí metidos, ni cabíamos. Enormes columnas de papeles asomaban entre los muebles, entre las cajas, entre los cajones y en la propia mesa. Mis sentidos ya se habían activado y estaban recibiendo gran cantidad de información, lo observé todo con mucha cautela. Había murales colgados en las paredes que supuse que habían sido hechos por sus hijos. Eran unos dibujos preciosos en los que se representaba a su familia.

Por la fotografía con su mujer e hijo que tenía colocada en su mesa pude ver que era un hombre muy familiar y detallista. Había también dibujos colgados de las paredes con

mensajes escritos en otro idioma, todos con símbolos de paz y de armonía. Tenía pinta de que eran regalos de los residentes más pequeños del centro.

-Más que un hotel, esto es una casa grande, una gran familia –me dijo al ver que me quedé embobada mirando los dibujos. Esa frase tocó mi corazón. En ese despacho había luz que brillaba por sí sola. En ese momento hice memoria de cómo era el despacho de Christian y recordé los detalles que había pasado por alto el primer día. Había manualidades hechas con papel y dibujos colgados en las paredes también de los más pequeños del centro. Son detalles que hacen de un simple despacho un lugar acogedor y familiar.

-Son preciosos –contesté señalando con la mirada los murales de la pared. Por el brillo de sus ojos pude ver el cariño que le tenía a su trabajo. Algo admirable.

Para conocer más sobre el centro quise hacerle algunas preguntas sobre su trabajo y sobre los residentes.

-¿Me podría hablar usted sobre cómo se organiza el centro? –pregunté.

-Hombre por supuesto, pero no me llames de usted que me haces sentir mayor, tutéame mujer –me respondió soltando una carcajada. Cogió un boli y un papel en blanco para hacerme un esquema.

-El centro parte de una dirección gerente de la cual salen tres grandes áreas, la técnica, la administrativa y la de servicios –decía mientras realizaba los trazos en el papel para dividir cada bloque-. En la primera el responsable es Christian y se compone por todos los profesionales que tienen un trato directo con los residentes como el médico, la psicóloga, el gestor de formación, la trabajadora social, etc. Y ellos son los que se encargan de poner en marcha el programa que va a marcar el itinerario para que nuestros residentes se integren en nuestra sociedad. Por otra parte, nos encontramos con el área administrativa que, al ser un centro residencial, nos han catalogado como un centro de gastos porque no producimos beneficios. El centro depende de los Presupuestos Generales del Estado y es ésta área la que se encarga de gestionar todo el dinero que entra y que sale del centro.

-Por último, está el área de servicios que es a la que yo pertenezco. Nosotros gestionamos el alojamiento y la manutención de los residentes para que cuando lleguen tengan una

camita donde dormir, un techo que los proteja y una barriguita que alimentar. En nuestro bloque tenemos trabajando camareros, equipo de limpieza, cocineros, ordenanzas en recepción y servicios técnico o mantenimiento.

Me recalco la idea de que el centro es una casa grande donde se comparten vivencias, anécdotas, momentos tristes y momentos felices. Que aunque su equipo, probablemente desconoce los problemas y preocupaciones de las personas que allí residen, intenta tener un contacto cercano.

-Oye y ¿qué capacidad tiene el centro? –pregunté haciéndome la tonta porque yo ya lo sabía, pero quería saber si me contaba algo más.

Me dijo que estaban al 90%. No recordaba si tenían un total de 118 o 119 residentes porque hoy habían llegado los doce refugiados del barco *Aquarius*. Me contó que el centro consta de 39 habitaciones que si hacíamos la media sale a algo más de tres personas por habitación pero que siempre fluctúa. Fluctúa dependiendo de las condiciones en las que vengan los residentes, es decir, si viene una pareja sin hijos ocupa una habitación de tres plazas para dos, con lo cual se pierde una plaza. Pero si viene una familia de cuatro componentes se gana una plaza porque se suelen meter todos juntos en una misma habitación con literas. “La capacidad más alta que hemos llegado a tener creo que han sido 146 personas por ese motivo” –añadió.

UN MENÚ PARA 120

Le pregunté por el comedor, me inquietaba mucho saber cuáles eran las comidas que servían, porque, claro, si hay veinte nacionalidades diferentes, sería difícil hacer un menú que les guste a todos.

-No es fácil, es comida española con productos españoles porque las patatas fritas, el arroz, el pollo y la pasta se los come todo el mundo. Sí es cierto que, dependiendo del porcentaje de refugiados que haya, pues se hace una comida u otra. Por ejemplo, una cosa curiosa que nos ha ocurrido es que en los países de la zona del ecuador, tanto Sudáfrica como Suramérica, que pensamos que por el calor iban a preferir sopas frías tales como el salmorejo o la vichisuas (Vichyssoise, en francés), ocurre todo lo contrario, prefieren las sopas calientes. Y en países fríos como Ucrania ocurre lo mismo, prefieren sopas frías a las calientes, a ellos les encanta el salmorejo.

-¿Y, el cerdo? –pregunté.

-Buf, ahí viene el problema. Los musulmanes no comen cerdo, pero es que si nos metemos con la ternera, los hindúes tampoco lo comen. Entonces existen muchísimas limitaciones. A los colombianos o venezolanos tampoco les gusta el cerdo, no es que no lo puedan comer, es que no les gusta. Son personas que están acostumbradas a carnes de otro tipo.



MANOS A LA OBRA.- Coincidiendo con la celebración de días conmemorativos, el centro permite a los residentes entrar en las cocinas y preparar el plato típico de cada país. En la fotografía aparece Gustavo cocinando Arepa.

-Pero, bueno, siempre intentamos hacer comidas más genéricas e internacionales. Si hay algún colectivo que predomine, pues se hacen más comidas típicas de ese país. Por ejemplo, hace poco hemos tenido un grupo numeroso de venezolanos, y coincidiendo con el Día Mundial de la Arepa, dejamos que los residentes venezolanos entraran en las cocinas para preparar su plato típico para todos.



AREPA, PLATO TÍPICO VENEZOLANO.- Este es el resultado final del plato que cocinó Gustavo durante el Día Mundial de la Arepa. Las arepas son pequeñas tortillas con forma de círculo. Se pueden hacer fritas u horneadas, se rellenan con diferentes guisos de carne, pollo, queso, jamón, caraotas, entre otros.

Me dijo que el horario de comedor dependía de la estación del año en la que nos encontremos porque en invierno el desayuno se hace antes para que los niños puedan ir al colegio. Yo pensaba que sólo había desayuno, almuerzo y cena, pero me dijo que también ofrecen merienda para niños y embarazadas.

Me contó que en mayo, coincidiendo con el cumpleaños del centro, que iba ya por veinticuatro añitos que se dice pronto, se organiza una comida internacional donde se

elige a unos cuantos residentes de cuatro o cinco países diferentes que se encargan de preparar sus platos típicos. Un gesto muy bondadoso y empático. “Todo sea por hacer sentir como en casa al extranjero”, me dijo.

Como eran las doce de la mañana y el comedor estaba cerrado porque ya había pasado la hora del desayuno y aún faltaban dos horas para el almuerzo, me atreví a preguntarle si podíamos visitarlo. A lo que sin dudarle ni un solo segundo, se levantó de su silla y me dijo: “venga, vamos”.

Salimos al vestíbulo y cruzamos el pasillo-puente para llegar a otro edificio. Pasamos por la puerta del comedor que, para comprobar si estaba abierto, Ángel intentó abrir la puerta. Como estaba cerrado, seguimos un pasillo que por su aspecto intuí que se trataba de la zona de personal.

Nos cruzamos con un camarero que por su efusividad al saludarle pensé que más que un trabajador era su amigo. Los pasillos parecían un laberinto que menos mal que Ángel no se separaba de mí porque si no me perdía seguro.

Mientras caminábamos Ángel me iba explicando cómo funciona el comedor, me dijo que, para que los residentes pudieran hacer uso de él, debían de retirar un ticket en recepción a diario. Hay diferentes tickets de colores diferentes según las necesidades de cada persona. Me enseñó uno que tenía en el bolsillo, era de color verde y son para las personas que no comen cerdo. El ticket de color naranja es para quienes no comen ternera o cerdo. El blanco es para quien no tiene variaciones en la comida, que puede comer de todo. Esto sirve para que el camarero cuando reciba el ticket sepa lo que puede comer la persona sin necesidad de preguntarle. Aparte del color, en el ticket viene detallado el nombre del residente y la habitación en la que está alojado y si tiene alguna variación en especial, por ejemplo, si es alérgico a algún alimento o si necesita un suplemento alimenticio.

El hecho de que el residente tenga que retirar el ticket todos los días en recepción sirve para llevar un control de quién come en el centro y quién no. “Como no se puede poner que eres musulmán por la ley de protección de datos, se usan los tickets de colores”.

La cocina no era tan grande aunque tenía varias habitaciones que la hacían inmensa, donde estaba la despensa, los productos de limpieza, el almacén...Estaba compuesta por una hornilla gigante con su extractor de humo encima más grande si cabe. No le faltaba

detalle, había ollas dantescas, cámaras frigoríficas, cámaras de calor, mesas de aluminio, etc.



LA COCINA.- La cocina es uno de los lugares más limpios y ordenados del centro. En ella se cocinan platos típicos de diferentes países del mundo.

Debería destacar la luz blanca que, sumado a las losas blancas que había en el suelo y paredes de la cocina, daba la sensación limpieza. No es que diera la sensación, es que estaba muy limpio. Supuse que así debería ser, dado que es el lugar donde más infecciones.

-Nano, me tienes que decir el día que necesites –se dirigió Ángel a uno de los cocineros.

-Bah, no es importante –le contestó.

-Hombre, sí, el día que tú quieras. Me hace falta a mí también un pelaiño importante - añadió mi acompañante.

Supuse que estaban hablando sobre su día libre. El cocinero de no más de treinta años que, en ese momento, estaba cortando tomates, levantó la cabeza, me sonrió y tímidamente se le escapó un “hola” por la boca. Tenía una especie de gorrito blanco en la

cabeza, una casaca blanca y unos pantalones de cuadritos blancos y negros. Parecía el típico pinche de cocina.

-Oye, ¿y el jefe de cocina? -pregunté sorprendida al no ver a nadie con el gorrito grande que suelen usar los chefs.

-En este momento no tenemos, se jubiló –me respondió el chico que cortaba tomate.

Por el olor que desprendían los fogones me dio la sensación de que estaban cocinando macarrones con tomate. Olía tan bien que me empezaron a rugir las tripas del hambre. No tenía pinta de que la comida fuese mala, todo lo contrario. Otro cocinero, algo más mayor, abrió la tapa de la olla que estaba justo al lado de donde se estaba cocinando la pasta y un succulento vapor con un aroma muy agradable me indujo a pensar que se trataba de sopa.

La mayoría de los cocineros y cocineras trabajaban conjuntamente, formaban muy buen equipo y había mucha comunicación. O por lo menos eso percibí yo.

Aprovechamos que un camarero salía del comedor para entrar nosotros. Si la cocina era grande, el comedor era gigantesco, había muchísimas mesas con sillas para todos los residentes. En una especie de mesa calentadora colocan la comida en forma de bufet, donde el camarero encargado es el que reparte la comida en unos platos con cinco dispensadores dependiendo del color de ticket que traiga el residente.

Todo estaba en un impoluto orden, muy bien clasificado y colocado. Había una estantería donde estaban colocados los cubiertos, los cazos, las tazas de té y la leche.

Ángel me comentó que aunque hubiese diferentes tipos de menú para aquellas personas que no comen cerdo o ternera, o aquellas que son alérgicas a algo en concreto, se intentaba cubrir la pirámide nutricional recomendada. Siempre había verdura en el plato, junto con una pieza de fruta, pan y lácteos.



EL COMEDOR.- Es la zona donde los residentes disfrutaban de las comidas. Es un espacio muy amplio que tiene capacidad para las 120 personas que residen en el centro. Su horario es muy estricto.

Como aún no estaba preparado el almuerzo y Ángel tenía un poco de prisa, no pude quedarme a ver cómo se desarrollaba la jornada en el comedor.

Cuando íbamos de camino al despacho se detuvo en la entrada del vestíbulo para enseñarme una cosa muy interesante que dice que suele pasar desapercibida. Es cierto, yo no me había fijado.

En el lado derecho de recepción, justo en la esquina que colinda con el pasillo-puente, había una máquina, una especie de ordenador. Como esos que hay para que todo el mundo lo maneje en las tiendas.

Ángel tenía bastante interés en enseñarme aquel artilugio que, la verdad, para mí no era interesante. Yo lo que quería era ir a visitar la famosa sala Ikea.

-¿A que tú no has visto la pantallita ésta? –me preguntó efusivo.

-Mmm, la verdad es que no –le dije.

-Ohh, eso no será verdad, esto es un trabajo hecho en el centro. Vamos, lo he hecho yo – dijo colgándose la medallita-. Es una pantalla de información cuya función es que cuando venga una familia o persona nueva aquí pueda recibir una mínima información si no conoces nuestro idioma. Por lo menos para que no se sientan desorientados los primeros días –añadió.



PANTALLA TÁCTIL INFORMATIVA.- Es una herramienta muy útil para todos los residentes que son primerizos en el centro. Ésta ayuda a amenizar la adaptación de los recién llegados.

En aquella pantalla táctil hay información útil de todo tipo, desde horarios de comedor, cómo pedir algo en español, los tipos de café, las seis palabras de cortesía, entre otros. El primer paso para usarla es seleccionar un idioma, que de hecho había siete lenguas. Todo está muy bien detallado y ejemplificado para que todo el mundo lo entienda. Por ejemplo, si quiero saber el horario del desayuno, te divide la información en dos bloques, uno el horario de lunes a viernes y otro de sábados, domingos y festivos. Además de poner la hora digitalmente, la detallan con un reloj de aguja, tanto la hora de entrada como la de salida. Pero para que sea más fácil la comprensión al lado de cada hora hay una puerta

abierta para señalar que esa hora es la de entrada y una puerta cerrada para señalar que es la de salida.

La verdad que la pantalla es muy útil e interesante. Ángel parecía un niño pequeño mostrando sus juguetes en Navidad, quería que yo misma manipulase la pantalla y me hizo buscar cómo se decía en árabe “quiero un café solo, por favor”. La verdad que encontrarlo fue fácil pero no tenía ni idea de pronunciación árabe. Me dijo que no me preocupara y le dio a un botón del cual salió una voz diciendo esa frase en árabe. La voz servía para aprender la entonación. Me recordó a la voz del GPS cuando me traía de camino al centro.

-Sácale una fotito si quieres, que está muy interesante –me dijo con gran interés.

También soluciona muchas dudas. Por ejemplo, cuando necesitas una plancha de la ropa, y no sabes a quién acudir, en la pantalla puedes darle al icono de la plancha y te expone los pasos que debes conseguir para obtenerla. Incluso tiene un video que explica visualmente cómo se debe hacer.

-Bueno, hemos tenido a personas chinas aquí, y ya me dirás tú la idea que puedo tener yo de chino. Pues bien, el chino se aprendió, gracias a la pantalla, cómo se dice buenos días en español. Y yo, como no tenía ni idea de chino, tuve que hacer lo mismo para poder responderle a sus buenos días en español. Me costó un par de horas cogerle el tranquillo, pero el chino me lo agradeció mucho, tenía una sonrisa de oreja a oreja. ¿O no la echarías tú si estuvieras en su lugar?

-Por último, el que más me gusta. Nosotros leemos de izquierda a derecha, pero los árabes leen al revés, de derecha a izquierda. Con lo cual esta pantalla para un árabe no sirve, no la entendería. Por eso, si pulsas en árabe se da la vuelta al texto.

-¿Y utilizan este aparato? –pregunté.

-Claro, por eso está siempre encendido. Venga, ven que te voy a llevar a un sitio- me dijo refiriéndose a la sala polivalente.

Mientras nos acercábamos oí como desde lejos alguien me llamaba a voces. “Laura, Laura, espera”. Me volví y era Christian. Me dijo que me estaba buscando, que ya tenía a otra persona para mi entrevista.

-Pero ¿ahora? –dije con esperanzas a que me dijese que no.

-Sí, te está esperando –contestó.

Me despedí de Ángel y me dijo que cuando terminase lo buscara en su despacho para continuar con nuestra ruta. Agradecí el detalle y me fui con Christian. Me preguntó que qué tal iba y le contesté que por ahora muy bien, que todo el mundo se estaba volcando conmigo. Me dijo que le perdonara su ausencia pero que tenían un día complicado con la llegada de los doce emigrantes del barco *Aquarius*.

Ahora que lo decía tenía razón, el centro estaba más movidito de la cuenta. Los niños correteaban haciendo ruido por los pasillos del centro. Había un par de mujeres que parecían desconfiadas, murmuraban en las esquinas sobre los chicos que estaban sentados en los asientos del vestíbulo. A ser verdad, no me había fijado pero era cierto, en dichos asientos había cuatro chicos africanos cabizbajos. En sus ojos pude ver una mezcla de alegría y dolor. Esa sensación de empatía recorrió mi cuerpo y no pude evitar sentirme mal.

Le pregunté a Christian si iba todo bien y me dijo que habían tenido un problemilla insignificante. Aproveché para preguntarle si podría entrevistar a alguno de los chicos que han llegado del *Aquarius*.

-No creo que sea una buena idea, ellos acaban de llegar, están desorientados y no saben nada de español –me contestó con tono amable pero tajantemente.

Llegamos a la puerta de su despacho y allí estaba Christian Vladimir, su tocayo y mi entrevistado. Era un chico bajito, morenito de piel. Vestía pantalón vaquero y camisa de cuadros azul de mangas largas. Mangas largas en pleno verano, sí. “Se nota que este chico sale poco del centro porque no sabe lo que es el calor sevillano”, pensé. Tenía el pelo muy rizado y bigotillo. Su voz era muy débil y bajita, me costó trabajo entenderle. Parecía que le daba miedo hablar en alto, como si alguien lo fuese a oír.

Entramos en el salón polivalente –por fin- y nos sentamos en una pequeña salita que hay dentro con sofás y una televisión. Estaba más aislada y era más íntima para poder hablar mejor. Nos acomodamos en el sofá frente a frente y, sin quitarme la mirada de los ojos me dijo que le hiciera la primera pregunta.

Sinceramente pensaba que este chico se había acabado de levantar de la siesta porque tenía los ojos caídos, pero no es ese el motivo por el cual los tiene así. La siguiente historia es tan triste que hasta a mí me cambió el estado de ánimo.

VER, OÍR Y CALLAR

Se llama Christian Vladimir procedente del El Salvador, procede de una familia humilde que se ha buscado la vida para sobrevivir. A sus 24 años ha sido víctima de persecuciones, de amenazas y de violencia. Ha tenido que enterrar a cuatro de sus seres queridos por culpa de las maras, de la extorsión.

De su padre no ha querido hablar, probablemente tenga una herida que aún no ha cicatrizado. Su familia la forman su madre y sus hermanas pequeñas de nueve y diez años. Y por ellas se desvive.

Montaron un negocio familiar que no dejaba mucho dinero pero que les ayudaba a sobrevivir el día a día. Tenían una panadería, la cual daba trabajo a Christian, a sus primos y tíos. Por aquel entonces, Christian estudiaba la carrera de Ingeniería de Sistema donde le concedieron una beca para poder estudiarla en otra ciudad cercana.

Christian se encargaba de repartir el pan a los negocios y a las casas particulares. Día a día se levanta de madrugada, cuando todos duermen, para repartir el pan que se ha ido haciendo durante toda la noche.

El Salvador es un país muy peligroso: “Hay mucha delincuencia a causa de las maras, la MS 13”. Las maras son organizaciones internacionales de pandillas criminales que se dedican a ejercer la violencia mediante torturas y asesinatos para hacerse con el control de la ciudad o barrio en el que residen. Donde Christian vivía imperaba la banda conocida popularmente como la MS 13 aunque su nombre oficial es mara Salvatrucha. Es una pandilla terriblemente peligrosa y cruel que hace lo que sea por conseguir sus objetivos.

“Llegó un momento en que me era imposible ir a trabajar. Empezaron pidiendo extorsión una vez a la semana, luego pasaron a dos veces por semana pero, como no podía pagarlo, me paraban y me pedían una cantidad enorme de plata casi a diario”. Querían 50 dólares para poder seguir trabajando sin problemas. Una cantidad muy elevada para el nivel de vida y de pobreza que hay en El Salvador.

Como no pagaba, secuestraron, torturaron y asesinaron a cuatro familiares. Dos primos y dos tíos. La gran pesadumbre es que sus primos eran menores de edad. El último asesinato fue hace tres años, cuando Christian tenía 21 años. La MS 13 secuestró a su primo y pidieron un rescate de 50.000 dólares. “No sé para qué, si mi primo ya estaba muerto. Nos dijeron que si queríamos verlos con vida debíamos recaudar ese dinero en menos de 24 horas, cuando ya lo habían matado”. “Es fácil, si no pagas te asesinan”.

“Esa fue la gota que colmó el vaso”. Tuvieron que dejar el negocio y sus estudios. Las amenazas no cesaban. Tenía que desplazarme todos los días en autobús hasta la ciudad más cercana para estudiar la carrera que más le gustaba. Y la presión le ahogaba. Se sentía vigilado y no es para menos. Todos los días había un par de tipos que lo observaban al subirse en el autobús, y se acercaban a interrogarle y pedirle la documentación cuando bajaba de él. “Me preguntaban que de donde venía, a donde iba y por qué estaba allí a diario, y cada vez venían más”.

“No puedes vivir tranquilo porque si vas a tu trabajo sabes cuando sales pero no si vas a volver. No puedes huir a otra ciudad porque en todas hay pandillas y ellos saben quién es nuevo y quién no, e igual te interrogan y te investigan y corres el riesgo de morir”.

No es una tontería. El Salvador está minado de pandillas que imperan en ciudades. Si vives en una ciudad donde reina una banda y viajas a otra donde domine otra, y ambas estén enfrentadas, tienes un problema. Te piden documentación y te investigan, si ven que donde vives impera la pandilla contraria te asesinan, así sin más. Eso les ocurrió a dos amigos suyos. Era una pareja normal y corriente que vivía en ciudades diferentes. El chico fue a llevar a la chica a su ciudad porque se había hecho tarde con la mala suerte de que en esa ciudad reinaba la pandilla contraria. Sin mayor remordimiento, le pegaron tres tiros en medio de la calle y tiraron su documentación en el suelo.

La peor desdicha es que la policía y las pandillas criminales están compinchadas, porque sabe que es una de las bandas más peligrosas del mundo. “La población vive atemorizada, si denuncias te matan al día siguiente”.

Para más inri, las pandillas se están dedicando a matar a policías, con lo cual ellos han creado un grupo criminal conocido como Exterminio. Son policías disfrazados de civiles que se dedican a asesinar a los miembros de las bandas. “Ellos andan en los coches rondando por la ciudad y, si te encuentran con una camisa más larga de lo normal o tatuajes te suben al coche, te interrogan y te asesinan, para evitar chivateos” –añadió aturdido. Christian hablaba con la voz cada vez más entrecortada, como si temiese que alguien le estuviese espiando.

Ser joven en este país es muy peligroso. “Ser joven es un delito porque no puedes vestir como quieres, ni puedes peinarte como desees porque si andas con el cabello muy grande la policía te lo recorta. Por ejemplo, la marca de zapatillas Adidas no se puede usar allá, tampoco la marca Nike Cortez porque ya hay una pandilla que las usan. Si la pandilla contraria te ve vestido así, piensa que eres de ellos y te asesinan mientras caminas. Lo mismo ocurre con los tatuajes, no puedes hacerte ninguno porque piensan que es alusivo a ellos y ofensivo”.

La gente está atemorizada, la vida de Christian allí era un infierno. Las pandillas lo controlan todo, saben quién eres, qué estudias, en qué trabajas, quién es tu familia y quiénes tus amigos. “Si vas por la calle y de repente un coche detiene a una persona y le pega dos tiros, debes de cambiar de acera rápidamente y salir de allí. Cuanto menos veas, mejor, porque si no puedes acabar muerto también”. En las calles y en las paredes de la ciudad hay rótulos de la banda MS 13 que dicen *Ver, oír y callar* como ley fundamental. Y tienes que obedecerla, ves, escuchas y callas.

La misión de estas pandillas es tener controlado al barrio para que la banda contraria no entre. Para ello reclutan a jóvenes y los colocan en cada entrada principal para que den la voz de alarma si entra algún desconocido. Cada vez hay más menores en estas pandillas criminales. Son chicos de 10, 12 o 14 años que piensan que estar dentro de una pandilla es seguro, y nada más lejos de la realidad. “Ya desde los 10 años andan asesinando, porque para misiones importantes como matar a alguien conocido siempre mandan a niños ya que nunca te imaginarías que un niño te va a disparar”.

Para entrar en una pandilla solo es necesario hacerte amigo de uno de los miembros, aunque hay algunos a los que los obligan a entrar. Se independizan muy jóvenes y se sienten grandes. Ya no tienen ningún apego familiar. Les hacen un lavado de mente “la cárcel, vivir o morir”.

“Vivir en mi país es complicado, aún recuerdo una historia que pasó el año pasado y que yo viví muy de cerca... Había un taller de reparaciones a la orilla de la carretera, muy cerca de mi casa. El dueño del taller era un anciano que tendría ya los ochenta años, seguro, y era abuelo de un policía que estaba integrado en la banda exterminio –banda criminal compuesta por policías vestidos de paisanos-. Por aquella carretera pasaba frecuentemente un chico de unos treinta años que pertenecía a la MS13, yo al menos lo reconocí por la vestimenta y los tatuajes. El abuelo le comentó al nieto policía quién era el chico y tres días más tarde llegaron a mis oídos que Exterminio había secuestrado al pandillero de la MS13, que lo subieron al coche, lo torturaron vivo clavándole punzas afiladas por el cuerpo y la cara y que luego lo asesinaron. Tras esto el policía huyó porque sabía lo que le podría venir encima. Cuando la pandilla se enteró, estudiaron el caso durante dos meses y descubrieron que el chivato fue el abuelo.”

Esta fue la parte más dura de la historia: “secuestraron al anciano y lo asesinaron en una montaña. Pero la muerte de él fue más fatal porque le arrancaron dedo por dedo de las manos y pies. Le clavaron punzas y le cortaron sus partes e hicieron que se las comiera por haber informado. Las tuvo que masticar y tragar vivo. Luego lo mataron y lo enterraron. No supimos más nada de él hasta el mes que encontraron la fosa donde había sido enterrado”.

No puedes hacer nada, sólo limitarte a callar y hacer tu vida como puedas. El propio gobierno salvadoreño es cómplice y corrupto. Como el índice de mortalidad es altísimo, cuando llegan las elecciones presidenciales, el Gobierno –presidencia de Salvador Sánchez Cerén- hace un pacto de paz con los pandilleros para evitar más muertes durante ese periodo para ganar más votantes. El problema es que aunque el índice de mortalidad descende, se dispara el de secuestros. “Te secuestran y al tiempo aparecen fosas clandestinas”. A veces entran en las casas y matan a todos los miembros de la familia incluido los niños pequeños.



CHRISTIAN VLADIMIR.- Durante la entrevista sentado en el sofá del salón polivalente Ikea. A sus 24 años ha sobrevivido a amenazas y ha sido testigo de la muerte de cuatro de sus familiares.

La familia de Christian no tuvo más opción que huir a Estados Unidos. Las amenazas eran cada vez más constante y la violencia más extrema. Pero emigrar a EE.UU. es muy caro, antes valía 6 mil dólares y ahora con Donald Trump en la presidencia cuesta 9 mil. La desesperación, el miedo y las ganas de vivir son tales que el dinero se consigue de cualquier forma. “Se contrata a unos guías que en Estados Unidos llaman *coyotes* para que te lleven a la frontera de México y allí te entregan a los *carteles* –organizaciones criminales especializadas en narcotráfico- que son los que controlan la frontera y se encargan de pasarte”. La madre de Christian temía por la vida de su hijo y le animó a salir del Salvador.

Recaudó el poco dinero que tenía y le compró un billete de vuelo hacia España. No quería que fuese a Estados Unidos porque las pandillas se están extendiendo rápidamente y

reciben las órdenes desde El Salvador. No quería que le ocurriese como a sus familiares. Christian es un chico inteligente y trabajador, tenía que sobrevivir.

Cogió un avión hasta Madrid y otro hasta Sevilla. Llegó a España el 20 de enero de este año y desde entonces vive con paz. “Aquí en el centro se vive seguro, me siento bien, puedo hablar y salir por la noche. Con los residentes no tengo mucho trato por el idioma, porque yo solo sé hablar español. De hecho, cuando estoy en mi habitación no hablo nada porque mis dos compañeros no hablan ni una gota de español”.

Al principio lo pasó mal, muy mal. No salía, día y noche las pasaba en su habitación o en la sala de televisión. Cayó en depresión al verse solo en un país desconocido, echaba demasiado en falta a su familia y no comprendía por qué había que llegar a esa situación. “Veía al centro como una cárcel con barrotes gruesos donde no podía ver la luz del sol”. Recordaba cada noche tumbado en la cama, el cuerpo de sus familiares fallecidos en esas fosas, como si de juguetes se tratara. Fue su madre quien a través de las llamadas telefónicas le aminó a salir. Ellas estaban bien, por ahora había cesado las amenazas. Desde entonces tiene muy buenos amigos fuera del centro. Desconoce su futuro en España, solo tiene claro que quiere trabajar y traerse a su familia para acá. Le animé a que retomara sus estudios de Ingeniería de Sistemas y por su cara pude notar cierto rechazo, es normal, sólo lleva cinco meses en España, tres en el centro y toda una vida cargada de frustraciones y miedo.

UN SALÓN CON VIDA PROPIA

Despedí a mi entrevistado en el vestíbulo, y sin preguntar a nadie me dirigí al despacho del gobernador, Ángel Cazorla, llamé a su puerta y, cuando me dio paso, entré. Le avisé de que ya había terminado la entrevista que cuando quisiera podía enseñarme el salón polivalente.

-Ah, claro, sí, te estaba esperando –se levantó de su asiento y se vino conmigo.

-Cuando abrió el centro, el salón polivalente que usábamos era esa cristalera de ahí – apuntando con el dedo a la sala polivalente actual-, donde teníamos el comedor y la cocina, con lo cual era pequeño. Pero en el año 2000 mandamos a construir un edificio anexo a éste donde estuviese ubicado el comedor, la cocina, las cámaras frigoríficas, almacenes, etcétera.

“Hace dos años, Ikea hizo un convenio con el ministerio, en el que se comprometía a decorar en los cuatro centros un espacio donde estuvieran los pequeños. Ésto imagínate cómo era antes, un salón totalmente diáfano, con unos sofás azules de más de veinte años, no tenía nada de caché. Ikea le dio vida, y creó tres espacios. El primero, una zona infantil que es ésta –me señalaba a una zona pequeña al fondo de la habitación donde había juguetes, cuentos, libros para colorear, cómics en mesas diminutas.

Hizo también un árbol, que es este de aquí –se dio la vuelta y me señaló una columna que sobresalía de la pared donde había muchos pajaritos hechos con papiroflexia, que colgaban del techo. De la pared salían una especie de hojas gigantes de tela verde simulando las hojas de un árbol real. El tronco era de ladrillo marrón y tenía escrito con boli y rotuladores muchas frases de los residentes que inspiraban paz y amor. Muchas de ellas en sus respectivos idiomas-. Es muy bonito porque cuando el aire acondicionado está encendido se empiezan a mover. Es el árbol de la concordia, donde tiene escritas palabras de paz, amor, de ilusión, entre otras.



ZONA DE ESTUDIO.- El salón polivalente está dividido en tres partes, en la primera hay una mesa para poder disfrutar de la lectura o estudiar. Al fondo, se encuentra la zona infantil donde los más pequeños tienen su espacio de juegos. Y por último, otro salón paralelo con sofás y televisión, algo parecido a una sala de cine.

-Con las estanterías, dividió el salón e hizo otro espacio dentro del mismo salón. Esta zona se utiliza para que los residentes más adultos estudien o lean tranquilamente un libro. El siguiente espacio es este –se encontraba a la derecha de los otros dos, entre dos estanterías- que es más amplio. Tiene muchos sofás y una televisión, pero la televisión es nuestra, esa no la puso Ikea. Desde entonces todo el mundo la llama la sala Ikea.

Era preciosa, había paneles colgados en las paredes donde los más pequeños colgaban sus dibujos. Las cortinas tenían dibujadas caras de gatitos y había macetas con flores preciosas que daban un toque de aire fresco a la habitación.



PARTE SUPERIOR DEL ÁRBOL DE LA CONCORDIA.- Alrededor de unas 100 grullas de papel de diferentes colores, colgadas del techo, decoran la parte superior del árbol. Cuando el aire acondicionado está encendido las grullas se mueven dejando una imagen preciosa.

Mientras le echaba fotos a la sala, y Ángel atendía una llamada de teléfono, entraron un grupo de cinco o seis chicos, tres de ellos subsaharianos y los otros dos parecían marroquíes. Me miraron extrañados y solo uno de ellos me sonrió. Se acomodaron en los sofás y encendieron la televisión para ver el fútbol. Estaba jugando el mundial Egipto contra Uruguay y parecían estar a favor del primero.



EL ÁRBOL DE LA VIDA.- Esta recreación de un árbol simboliza la igualdad, la solidaridad, la confraternidad y el amor. Es uno de los elementos más significativos y de valor que posee el centro.

UN MEDICO TODOCAMINOS

Normalmente, el último martes de junio suele ser de lo más tranquilo en el centro. Pero éste era diferente, había muchos residentes en la puerta de la consulta médica del centro. Como si presintiesen que algo malo iba venir. Cabizbajos como si el ocaso hubiese nublado sus mentes.

Me acerqué a uno de los chicos que estaba de pie para preguntarle qué sucedía. Se llamaba Sony, venía de Liberia y tenía 25 años. Su piel era negroide y desprendía un fuerte olor a *The One Million*, el típico perfume que está de moda entre los chicos. Parecía preocupado y nervioso, necesitaba visitar con urgencia Sebastián Madrid, el médico del centro. Me comentó que había llegado a España en el barco *Aquarius* y que uno de sus compañeros estaba enfermo. “Le han tenido que poner mascarilla”-añadió.

Al parecer, dos de los doce chicos que han ingresado en el centro en la tarde del día anterior procedentes del barco *Aquarius*, venían infectados y han sido trasladados al centro de salud Puerta Este.

Llamé a la puerta del doctor para conocer más sobre el tema. Sebastián Madrid lleva trabajando en el centro desde que éste abrió sus puertas en 1994. Sebastián, es médico general y especialista en geriatría, aunque ha tratado enfermedades de todo tipo desde que trabaja en el único centro de acogida de España que cuenta con un una consulta y un servicio médico.

La consulta no era muy grande, había una camilla, varias estanterías con medicamentos, un lavabo y una mesa con un ordenador en el centro de la habitación. Sebastián tenía el pelo canoso y arrugas en la cara, supuse que tendría unos 50 años. Llevaba puesto una bata blanca desabrochada por donde se veía una camisa verde de cuadros. De desplante serio, pero sonrisa infinita.

Me invitó a tomar asiento con un gesto y esperé que terminase de hablar por teléfono. Por la conversación que estaba manteniendo intuí que la persona con la que hablaba era un médico de la especialidad de infeccioso del Hospital Macarena. Usaban muchos

tecnicismos, pero pude entender que el chico hospitalizado, Muhammad Alduhami, un nigeriano de 24 años padece una lesión tuberculosa pulmonar.

Para comprobarlo, le hicieron la prueba de *mantoux*, que consiste en un test cutáneo para detectar si se ha estado en contacto con la bacteria causante de tuberculosis. Y, además, una radiografía de tórax en el Centro de Salud Puerta Este. Rápidamente, lo trasladaron al Hospital Virgen Macarena para realizarle la prueba de los tres esputos (prueba diagnóstica que se utiliza para el estudio de infecciones del aparato respiratorio) “para ver si la *baciloscopia* es positiva o negativa”. En definidas cuentas, lo que los doctores querían decir es que el paciente puede estar infectado de tuberculosis.

El doctor Sebastián le puso una mascarilla para evitar contagios antes de ser trasladado al centro de salud. Esto provocó cierto alarmismo entre los residentes veteranos y los propios compañeros del barco *Aquarius*. Todos temen por que se produzca un contagio.

El chico se encuentra estable en el Hospital junto con Mara, técnico de tarde del centro, porque sólo sabe hablar inglés. Ambos esperan los primeros resultados de las pruebas. Sebastián parecía preocupado por el estado del muchacho y se interesó por saber si había comido. De hecho, tenía bastante interés por que le pusieran la comida lo antes posible.

Aproveché para preguntarle por el protocolo de actuación médica que tiene el centro en estos casos. Se incorporó en su silla y cogió boli y papel.

-Pues bien, cuando una persona pide asilo en cualquier punto de España, la oficina central de Madrid se encarga de ubicarla según las plazas disponibles que haya en cada centro y según las necesidades de cada persona. Antes de llegar al centro de destino, se deben hacer previamente analíticas para comprobar si traen alguna infección o problema de salud. Hay un protocolo sanitario en el que se hacen hemogramas, análisis de sangre y orina, estudio de enfermedades transmisibles tipo Sífilis, SIDA, Tuberculosis, Hepatitis A, B y C., además de un examen de parásitos en heces. Si el análisis resulta negativo, lo trasladan al centro de destino sin problemas. Pero, si por el contrario da positivo, lo hospitalizan en la provincia o ciudad donde se encuentre hasta que se elimine la bacteria.

-Entonces, ¿A este chico no le hicieron esos análisis antes de enviarlo al centro? – pregunté.

-Por supuesto que sí –me contestó con una mirada desafiante- sino que, a veces ocurre lo que en medicina llamamos “falsos positivos”. Esto ocurre cuando se hace un análisis a un

paciente y los resultados son erróneos, bien porque el reactivo esté en mal estado, porque la muestra de sangre u orina esté deteriorada, o porque no se haya detectado la bacteria, dando un resultado poco fiable. Y, entonces, se hace una segunda revisión.

Sebastián parecía un hombre serio, de estos que su mirada te intimida. O puede que estuviera algo cansado ya que durante los 40 minutos que estuvimos charlando, el teléfono de su despacho sonó cuatro veces.

Me sorprendió su respuesta al preguntarle por las condiciones de salud en las que suelen llegar los inmigrantes al centro. Soltó una carcajada. Supongo que pensaría que yo buscaba sacarle trapos sucios, y nada más lejos de la realidad.

-Sorprendentemente bien. Después de estar tantos días al sol, traen quemaduras y contusiones leves, nada de gravedad. Eso sí, los inmigrantes que, por ejemplo, provienen del Sáhara, tienen callos enormes o “pie de atleta” que es lo que le llamamos nosotros a las infecciones por hongos. Siempre son casos menores que se pueden curar. Rara vez ha llegado algún refugiado con enfermedades como cáncer o lesiones traumatológicas importantes, no es frecuente.

-Enfermedades hemos tenido de todas las especialidades, desde neurología hasta traumatología del pie, dermatología, enfermedades transmisibles, eso sí, enfermedades de patología tropical hemos tenido muchas. Los residentes africanos y de América de Sur suelen traer muchos parásitos por la zona en la que viven. Con lo cual en este sentido, somos un centro diferente de salud que uno convencional, porque hay un porcentaje de enfermedades que son autóctonas de la población inmigrante –añadió.

No he visto a una persona amar más su trabajo. El cual dice que no cambiaría por nada de mundo, y eso que dispone de puntos suficientes, al ser funcionario del Estado, para elegir el destino que le apetezca. “Aunque gane menos, no hay nada que más me llene el corazón que ayudar a personas que lo necesitan, y ver al cabo del tiempo como te lo agradecen” –me dijo con los ojos vidriosos.

Este es un trabajo que requiere una consulta integral, no sólo medicina, sino empatizar con el paciente y conocer su pasado. “Es muy duro ver el drama humanitario que sufren estas personas cuando llegan al centro sin ni siquiera una maleta”. “No tienen documentación, ni equipaje, ni dinero por eso se les coge mucho cariño”. Aunque advierte que intenta ser profesional y no llevarse las preocupaciones ni el trabajo a casa.

Hablaba de sus pacientes como si de sus hijos se tratase. Sus ojos le brillaban y una ligera sonrisa aparecía en su boca. Como un padre cuando está orgulloso de sus hijos.



RESPECTWORDS.- Catherine, esposa de Gustavo, realiza un proyecto radiofónico llamado “respectwords” con los inmigrantes procedentes del barco *Aquarius*. En la fotografía aparecen 11 de los 12 que llegaron.

UN ADIÓS SIN DESPEDIDA

Salí del centro siendo una persona totalmente distinta. Me fui charlando conmigo sobre la vida, las injusticias y la tristeza que me invadía.

Cabizbaja me dirigía a la parada del autobús. Alcé la mano en cuanto lo vi acercarse. El sol se escondía a ratos para no castigar mis ojos ya humedecidos. Me coloqué las gafas de sol y me puse a revisar las fotos que había realizado en la cámara fotográfica. La fortaleza de la que presumo no contuvo sus ansias de volar y me sumergí en un mar de lágrimas al recordar a Christian Vladimir, que tuvo que enterrar a cuatro de sus familiares en menos de un año. O, a Gustavo, a quien le secuestraron a su hija.

Con la mirada clavada en aquellas imágenes, me consoló la idea de que los residentes no podían estar en las mejores manos. El equipo de trabajadores que compone el Centro de Acogida de Sevilla Este es envidiable. Desde limpiadores, profesores hasta gobernantes.

Ese paraíso, al que muchos llaman hogar, me hizo recordar que lo importante no es lo material. Soy muy afortunada de vivir en un país pacífico y de tener una familia en la que apoyarme a diario.

Sinceramente, mi visión del centro cambió desde el momento en que entré por las puertas. En aquel lugar se respiraba paz, respeto y amor. Mirara donde mirara siempre había algún residente riéndose. Eternicé cada segundo de mis vivencias para guardarlas en mi corazón.



TRABAJO EN EQUIPO.- Residentes y vecinos más pequeños de las urbanizaciones contiguas al centro juegan juntos en símbolo de armonía en el día de la convivencia vecinal.

Tras mi corta visita puedo afirmar que no es fácil vivir el drama humanitario por el que atraviesan miles de personas. No es fácil ser refugiado.

Por un lado, la Ley de Asilo, en su artículo 12 del Boletín Oficial del Estado reconoce que: “La condición de refugiado se reconoce a toda persona que, debido a fundados temores de ser perseguida por motivos de raza, religión, nacionalidad, opiniones políticas, pertenencia a determinado grupo social, de género u orientación sexual, se encuentra fuera del país de su nacionalidad y no puede o, a causa de dichos temores, no quiere acogerse a la protección de tal país, o al apátrida que, careciendo de nacionalidad y hallándose fuera del país donde antes tuviera su residencia habitual, por los mismos motivos no puede o, a causa de dichos temores, no quiere regresar a él, y no esté incurso en alguna de las causas de exclusión del artículo 8 o de las causas de denegación o revocación del artículo 9”. Además, la persona solicitante de asilo debe acreditar que no dispone de recursos económicos para valerse por sí misma.

El primer paso para solicitar protección internacional (asilo o protección subsidiaria) es presentar la solicitud ante la oficina de extranjería o en la comisaría de la Policía Nacional. En un plazo de un mes, el Ministerio de Interior se encargará de estudiar el caso y determinar si la admite o no a trámite. La mayoría de los casos son admitidos a trámite, que significa que el Estado va a estudiar el caso, de acuerdo con los allegados y pruebas presentadas.

Si aceptan la solicitud, la persona solicitante pasaría a una segunda fase de acogida en un centro donde viviría durante seis meses. Pasado ese tiempo, las organizaciones como Cruz Roja o CEAR con la subvención estatal, facilitan el alquiler y la manutención de una vivienda independiente.

En el caso de que denieguen la solicitud, la persona inmigrante dispone de un plazo de 15 días para abandonar España de forma voluntaria. Si la persona se niega a salir de territorio español dentro de dicho plazo, las autoridades pueden abrirle un procedimiento sancionatorio que culmine con una orden de expulsión.

Existe otra vía que es recurrir la denegación de la solicitud de asilo. Para ello se debe de presentar un recurso de reposición en un plazo de 30 días desde que notifican la denegatoria. Este procedimiento puede tardar varios meses. Christian Bohórquez aseguró que a los que se les deniegan la solicitud “Yo sé de muchas personas que aguantan y subsisten durante mucho tiempo hasta que, a los tres años, si tienen un contrato de trabajo, pueden conseguir la documentación por arraigo para demostrar que han vivido en España durante ese tiempo”.

Las cifras de solicitudes van en aumento, llegando a alcanzar máximos alarmantes. En 2017, 31.120 personas solicitaron protección internacional en España, de las cuales sólo 35% fueron concedidas.

Queda en manos del Ministerio del interior y del Gobierno central la difícil tarea de cumplir con la promesa de acoger a las 17.387 personas que nos correspondía antes de septiembre el pasado año. Cifra que, a 1 de junio de 2017, sólo habían llegado el 7,5% de ellos.

Nosotros, la población, debemos de presionar para que este compromiso se cumpla. Y tratar de ayudar a toda persona inmigrante que lo necesite. Nunca sabes cuándo te puede tocar a ti.

No es un adiós, ni un hasta luego, es hasta siempre. Porque se ha quedado un pedacito de mi corazón en aquella “casa grande”.



CORAZONES UNIDOS.- El patio del centro en las calurosas noches de verano es uno de los lugares de encuentro preferido entre los residentes. Se reúnen para cantar, bailar o jugar con los más pequeños.